

Acad - II  
Esp. 130

ACADEMIA ESPAÑOLA

Vocación, preparación y ambiente  
biológico y médico del Padre Feijóo

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DE

Don Gregorio Marañón y Posadillo

Y

CONTESTACIÓN

DE

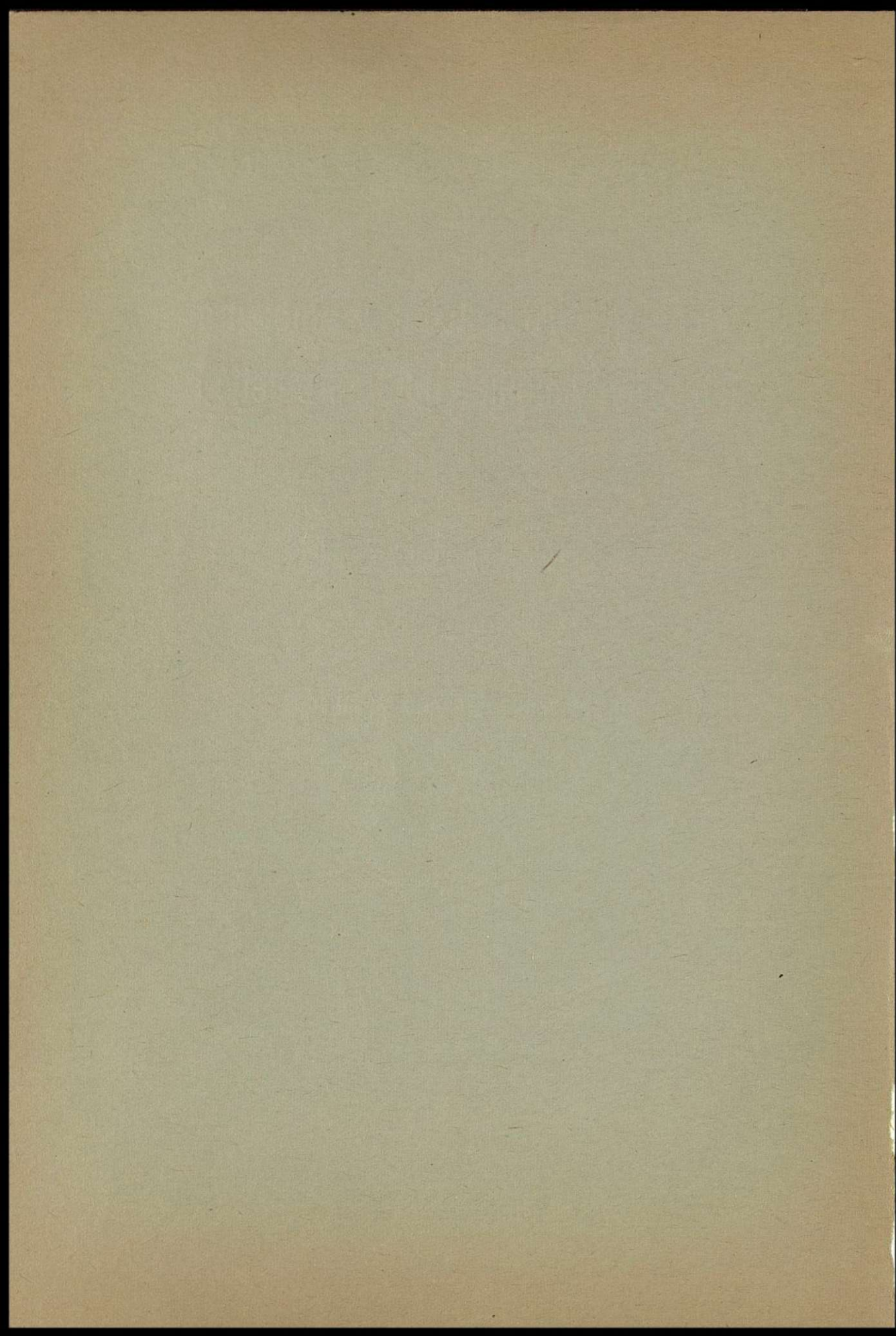
Don Armando Cotarelo y Valledor

*Leídos el 8 de abril de 1934*

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A.

Ríos Rosas, 24

MADRID



R. 40706

ACADEMIA ESPAÑOLA

Vocación, preparación y ambiente  
biológico y médico del Padre Feijóo

DISCURSO DE RECEPCIÓN

DE

Don Gregorio Marañón y Posadillo

Y

CONTESTACIÓN

DE

Don Armando Cotarelo y Valledor

*Leídos el 8 de abril de 1934*



TALLERES ESPASA-CALPE, S. A.

Ríos Rosas, 24

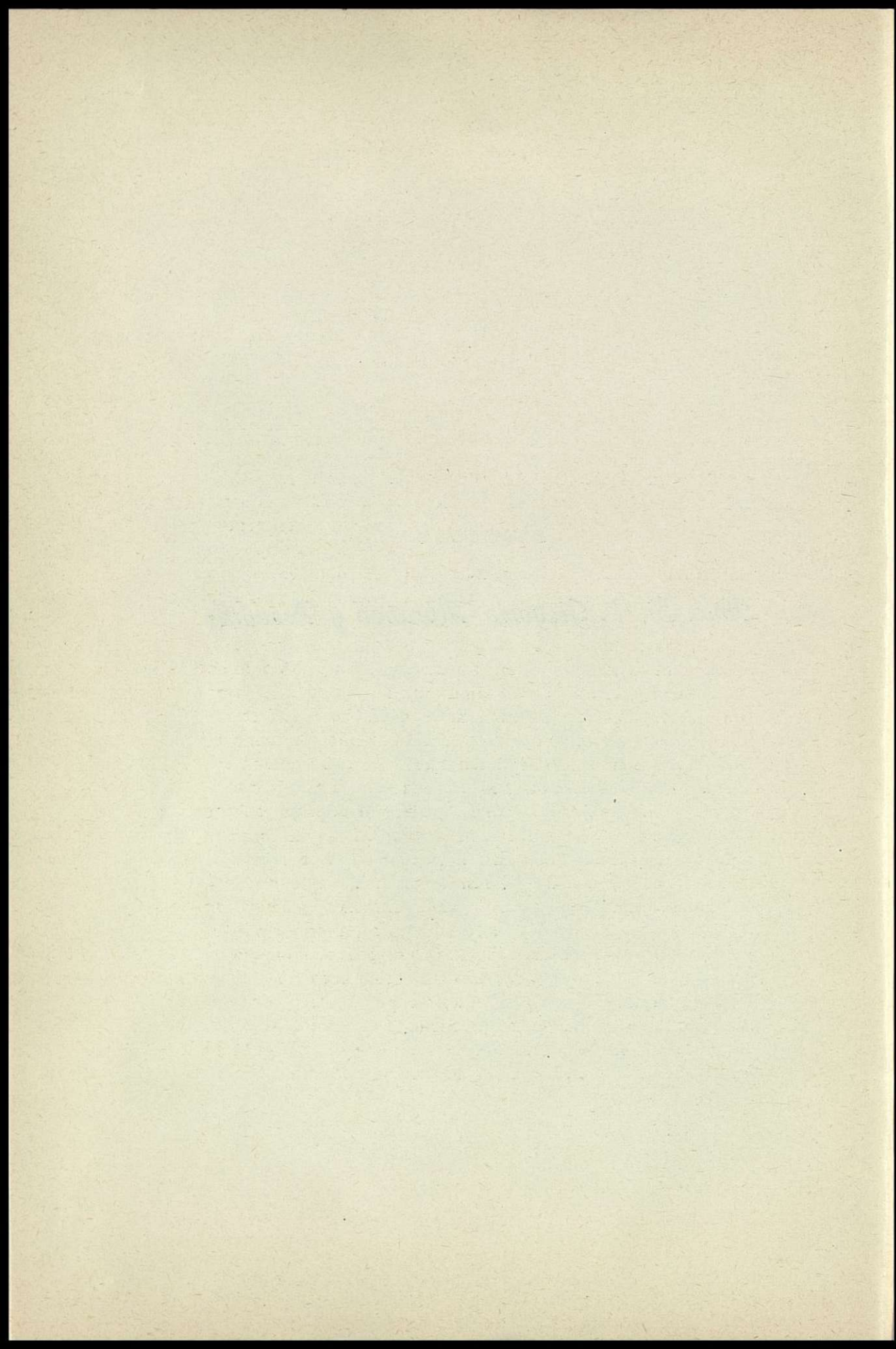
MADRID



DISCURSO

DEL

*Ilmo. Sr. D. Gregorio Marañón y Posadillo*



*Señores académicos:*

TENGO en tan alta categoría el sentimiento de la gratitud, que ni una sola jornada de mi vida consciente está exenta de la preocupación de servirla. No tengo, pues, que esforzarme, ante mi conciencia y quisiera que tampoco ante vosotros, en encomiar y adornar de literatura la gratitud que hoy siento el recibir de la Academia Española la autorización preciadísima para sentarme en su recinto y para cooperar en su labor. Soy, y lo he dicho siempre, profundamente sensible al espíritu académico, que entiendo, no como laurel de vitrina y como jubilación gloriosa, sino como deber estricto de cooperar al progreso espiritual de nuestro pueblo y de nuestra hora, a la sombra de una dignidad y de una jerarquía indudables, pero con plena voluntad de eficacia creadora. Las Academias —ésta y todas— fueron en sus comienzos cátedras independientes en las que el saber surgía y se derramaba al margen de las Universidades, necesariamente entorpecidas por la burocracia. Fueron, pues, Escuelas pujantes, con magisterio de libre elección, formado con valores experimentados y llenos de la independencia que da el tener la propia historia definida; y, por lo tanto, complementos, a la vez graves e inquietos, de las aulas oficiales. Y eso debe ser cada Academia en los tiempos presentes, en los que todo se mide, lo personal y lo colectivo, con el patrón de la eficacia. Si vengo aquí sin demasiados escrúpulos es por eso: porque sé que todo lo que me falta en categoría, puede suplirlo mi entusiasta voluntad en ser útil.

Gracias, pues, de corazón a todos. Y antes de entrar en el tema de mi discurso he de decir unas palabras de recuerdo a la memoria de mi ilustre antecesor, don Juan Armada y Losada, marqués de Figueroa. No tuve la suerte de tratarle, yo, a quien mi profesión y mi curiosidad, a veces también la buena suerte, me han colocado tan cerca de la serie casi completa de los españoles señeros, en uno u otro sentido, de mi época. No guardo de él otro recuerdo personal que su estampa inteligente de miope, pasando con aire y vestimenta distraídos, al salir de alguna conferencia; o bien inclinado sobre los pupitres en las salas de lectura de las bibliotecas. Pero conocí por su fama y por amigos comunes sus virtudes; y por propia lectura, la mayoría de sus obras. Y ahora rindo a aquéllas y a éstas el merecido tributo de admiración respetuosa.

Acaso cuando no conocemos en la intimidad a los hombres, es cuando vemos con más certidumbre cuáles son sus cualidades más excelsas: como el perfil de los picos eminentes que sólo cuando se contempla desde lejos la serranía, se nos aparece en su justa dimensión. Y yo, a la distancia, y sin anteojos pasionales que deforman la nitidez de la impresión, veo del buen marqués de Figueroa sus rasgos esenciales. El primero, su señorío, señorío interior. El noble señorío que da la inteligencia y la bondad y el sentirse, por ambas vías, de vuelta del turbio país de las humanas pasiones. Jerarquía que será tal vez inactual en estos tiempos de revuelta histórica, en los que todo se mide por el gesto audaz de la acción sin antecedentes y sin responsabilidad intelectual eficaz. Y acaso tenga esto el profundo significado de purgatorio de la vanidad con que los hombres, en los pasados decenios, elevamos a la categoría de un mito el poder puro de la inteligencia. Pero yo, que he elegido ya mi carta definitiva en el juego, prefiero seguir prestando mi adhesión a estos hombres que sabían ser los primeros, sin externas alharacas, por su comprensión, por su indulgencia, por su tacto; por un fino asentimiento al error que no podían aceptar: porque sabían que el error muere siempre, aunque no se le combata, y más pronto si no se le combate; por un culto —y no por un fetichismo— del pasado; por un tino,



en fin, para hallar de cada problema la clave que sólo el entendimiento ve, y que nos abre la puerta de la verdad sin más que tocar suavemente su resorte, sin necesidad de derribarla a puñetazos.

Muchos amigos del marqués de Figueroa me han referido rasgos que demuestran esta su superioridad inteligente en momentos embarazosos, muchos no conocidos, de la vida pequeña o de la grande de la España en que le tocó actuar. Yo mismo recuerdo esta impresión de categoría espiritual que sentí al verle por vez primera exponer sus comentarios en un corrillo del Ateneo una tarde en que acababa de hablar, con máxima expectación de las opiniones apasionadas, el que fué su jefe y amigo, don Antonio Maura. Quien puso las cosas en su punto, entre la marejada de gritos fué, con dos observaciones dichas casi en voz baja, pero llenas de precisión, aquel señor del terno arrugado y la mirada penetrante: producto genuino y representativo de un siglo y de las actividades de un siglo que en el vaivén de la historia tiene ahora su fase de depresión, pero al que llegará también la hora del reconocimiento.

Veo también en la silueta de su vida, su amor a España, que concentró en su tierra de Galicia, de la que hizo su patria entrañable, no separándola de la otra, de la grande, sino metiéndola dentro de ella. Como el padre Feijóo, que hoy me trae ante vosotros de la mano, fué insigne español a fuerza de ser insigne gallego. Pasaba gran parte de su vida entre las Torres de Figueroa, en La Coruña, y su Pazo de Cambados, junto a la ría maravillosa. Y cuando venía a Madrid, diríase que se traía consigo el paisaje materno, con sus eucaliptus gigantes, que los de aquí no vemos, pero vemos su sombra sobre el alma del gallego expatriado; y a esto es a lo que los castellanos, los de la tierra de la luz sin matices, llaman morriña. El día de su muerte, en las Torres, «paseó, leyó y estudió —dice uno de sus biógrafos—; ayudó a sus hortelanos a plantar árboles y él mismo lo hizo con uno». Es decir, bebió con decoro y fruición la vida amplia y humanista, hasta sus últimos instantes. Y además «enseñó a leer a una chica del colegio que sostenía en Figueroa». ¿Qué más se podría decir para su gloria?

Me excusa de ello, de consignar todo lo otro, lo perecedero, sus triunfos políticos y sociales, la hermosísima biografía que a raíz de su desaparición hizo don Emilio Cotarelo en esta misma Academia (1). Tampoco quiero hablar de su obra literaria y científica, de sus novelas, de sus poesías, de sus ensayos filosóficos, sociales y políticos (2). Tiene en sí misma su labor, su apología; y aguarda, libre de los acentos circunstanciales que se borran al morir, su catalogación definitiva en el juicio de la posteridad. Lo que yo dijera ahora sonaría a lección aprendida e interesada para adornar con oropeles, cierto que los más legítimos, el lugar donde voy a sentarme. Sin duda, por mi condición de biólogo me interesan más que las obras de los hombres su misma humanidad. Creo que lo que parece morir de nosotros al acabar cada día y al terminar nuestra vida mortal —nuestra conducta— es, a la larga, lo único que perdura, cuando es limpia y sabe desprenderse de los instintos y de las pasiones que la atan a la tierra para volar hacia el progreso ininterrumpido de la especie. Y así fué la del hombre que en vida se llamó el Marqués de Figueroa.

\*

I. Tenía desde hace años el propósito de escribir un *Ensayo* sobre las ideas biológicas y médicas del Padre Feijóo. Estudiado éste, y muy bien, como crítico, como literato, como filósofo, su actitud biológica y médica —erróneamente se dice que «anti-médica»—, era comentada a la ligera como una más de sus actividades y siempre en un sentido general, entre los muchos impugnadores de la ciencia médica y de la profesión hipocrática de su tiempo. Sin embargo, cotejada su obra experimental a la luz de los criterios científicos actuales, resulta extraordinariamente profunda y clarividente; desde luego, la más importante, a mi juicio, de cuantas ocuparon su insaciable curiosidad. Por ello, me pareció este tema propicio para ocupar vuestra atención. Pero al ordenar los materiales recogidos a través de varios años de lectura y al allegar otros nuevos, me encontré con

un libro largo y no con un discurso. Y aunque todo me parecía poco para cumplir con dignidad mi obligación, en este mi primer acto académico, hube de renunciar a traer aquí el mamotreto y he preferido limitarme a una *Introducción sobre la vocación, la preparación y el ambiente biológico y médico* del insigne escritor, dejando para una obra posterior y muy próxima, porque ya está escrita, el análisis y desarrollo de sus observaciones y teorías.

Y acaso en estos preliminares esté lo más interesante del problema. Porque en la historia de la cultura tienen casi más valor que los hechos mismos, que los descubrimientos, los gestos y las actitudes de los hombres que la crean y propagan. Y pienso que Feijóo representa, precisamente por su actitud, una de las claves del edificio de nuestra ciencia en uno de sus momentos más críticos, en el de la transición desde la fase teórica a la experimental; y además en aquel siglo XVIII de los grandes huracanes del espíritu que, como todos los acontecimientos universales, cayó sobre España con retraso y de través, como los chaparrones en otoño.

Toda la historia del progreso humano se puede reducir a la de la lucha de la ciencia contra la superstición: esto es, a la substitución de la fe en el absurdo, típica del hombre primitivo, por la fe en las cosas demostrables mediante el raciocinio o la experimentación, que caracteriza al hombre civilizado. En suma, el espíritu humano se desarrolla y afina merced al proceso de la racionalización del absurdo. Pero es evidente que la ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede ni podrá nunca explicárnoslo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy nos parece inexplicable; pero la raya fronteriza del saber, por muy lejos que se lleve, tendrá eternamente delante un infinito mundo misterioso a cuya puerta llamará angustiadamente nuestro «¿por qué?» sin que nos den otra respuesta que una palabra: «Dios». Dios, cuya silueta se alza a lo lejos, para unos como una cima ingente y confusa, rodeada de las nieblas de la duda; para otros, como un faro luminoso y preciso que extiende hasta el rincón más hondo de lo desconocido su serena claridad.

Sin este anhelo insaciado del más allá, la ciencia no existiría. Saber no es conocer las cosas, eternamente desconocidas en su profundidad, sino querer saberlas; un deseo inextinguible, pues, y no una posesión. Por ello, el hombre dotado de auténtica sabiduría está siempre, quiéralo o no, enfrentado con la divinidad. Huirlo, sólo conduce a caer en la superstición de la ciencia misma, y, por lo tanto, a dejar de avanzar para dar vueltas sin fin.

La ciencia renueva su impulso inagotable en esa zona lejana, estratoesfera del conocimiento, en la que termina lo que explica la razón o la técnica y comienza lo que *aun* no se nos puede alcanzar: pero sólo *aun*. El hombre que duda, la recorre con angustia; fecunda, porque dudar es también una forma, trágica, de creer. Entonces, como decía Vinci —y auscultaba, sin duda, su propio corazón—, el estrépito del mar tempestuoso es menor que el que levanta, aquí dentro, el deseo de saber más y más.

Para el hombre que cree sin vacilar, el camino no tiene pérdida ni tropiezo, porque sabe que no tiene límites ni fin. Si se demuestra que la campana de Velilla no tocaba sola, sino que la tañía un sacristán furtivo, o si se explica, por una razón física, lo que parecía brote milagroso de una flor, habremos destruído un error; pero el milagro subsiste, porque milagro es la voz de los bronces y el ritmo misterioso de la savia en primavera. Por mucho que se gane al misterio y al error, detrás estará siempre, intacta, la razón última de la divinidad creadora; pero ¡qué difícil de alcanzar ese grado de equilibrio efusivo del sentir y de la razón, que convierte la fe en conocimiento y pone una silueta estricta donde los otros sólo ven, sobre el misterio concreto de cada cosa, un ancho misterio más!

En la historia del pensamiento español hay un hombre admirable, no tanto por su obra, con ser de calidad excelsa, como por su actitud ante el error y la verdad. Este hombre, de fe intangible, vivió una parte de su larga y fecunda existencia enredado, desde un monasterio provinciano, en singular batalla contra las supersticiones de su patria; pero su patria era, en realidad, el mundo entero, porque el «error común» que quería extirpar era y es habitante de

toda la tierra. Admira en él su genio y su ímpetu; pero, sobre todo, la precisión imperturbable con que dispara sus proyectiles científicos —sus razonamientos y sus experiencias— contra el error supersticioso sin rozar jamás a su fe. Tan sólo alguna vez confunde, en el blanco lejano, esa fe suya con las supersticiones de su época, que eran, sin quererlo, suyas también. Y otras veces cae en la superstición de la ciencia, intentando ingenuamente explicar con ella no el error, sino el absurdo. Pero aun esto, aumenta el interés humano de su gran figura.

Este hombre era el Padre Feijóo, cuya vida intelectual es por sí misma un esquema de la crisis del espíritu español en el siglo XVIII y un Ensayo palpitante sobre la ciencia y la superstición.

II. Pocos escritores españoles han gozado en vida de la celebridad del Padre Feijóo. Celebridad completa, la que dan por igual los amigos apasionados y la enconada envidia de los enemigos. A la verdad, sin ésta, la fama de los hombres de excepción sería como coja y sin raíces estables; y nunca se agradecerá bastante a los adversarios su eficacia estimuladora. En unos años en que el nivel intelectual de España había descendido pavorosamente, su obra alcanzó suma copiosísima de lectores (1). Las alabanzas más entusiastas recayeron sobre sus escritos, que eran comentados desde los palacios hasta los mentideros populares. Según el jesuita Aguirre, «los sabios apellidaban a Feijóo, Fénix de los ingenios de su siglo, el máximo de los eruditos

(1) Feijóo dice que del V y VI tomos de su *Teatro* se tiraron 3.000 ejemplares, cifra excepcionalmente elevada en aquellos tiempos. (*Teatro*, VI. Prólogo.) (3) Nuevas noticias, que coinciden con éstas, da el P. Sarmiento en el Prólogo de la *Demostración críticoapologética* (4), I. Partiendo de estos datos, calcula Lafuente (5) en 420.000 volúmenes los que se imprimieron y circularon, contando con 15 ediciones de catorce tomos cada una, a los que habría que añadir los de *Polémica*. Se dice en muchos de los escritos feijonianos que el importe de la venta de los libros del benedictino fué tan grande que con él se construyó la magnífica iglesia nueva del monasterio de Samos, al cual pertenecían, por ser hijo de religión de él, las ganancias del Padre Maestro. Pero es una leyenda que desmiente Murguía (6). Para nada se hablaba de este asunto en la documentada historia del monasterio de Samos, de M. Castro (7).

de su tiempo, Astro de primera magnitud en el hermoso dilatado cielo benedictino, Maestro universal o Maestro de maestros, nuevo Colón de las ciencias, reparador entre naciones extrañas de la fama española, sol que destierra sombras de errores comunes, el héroe de la república literaria, el honor de las letras más cultas, el Demóstenes español, el Cicerón en castellano, el gran Feijóo por antonomasia, con otros más renombres bien merecidos» (1); y aun podrían recogerse muchas frases y adjetivos más, tan resonantes como los de esta enumeración (2).

No pasaba por su retiro de Oviedo viajero de excelsa o de ruin categoría que no acudiera a conocerle y, si era posible, a conversar con él. Hubo alguno, como el conde de las Torres, que al desembarcar en Galicia, de vuelta del Perú, rodeó hasta el convento de San Vicente antes de ir a la Corte sólo para saludarle (3). Los Prelados de la Orden y las dignidades más altas de la Iglesia se detenían a su lado, en sus viajes, días y días, para pedirle inspiración y consejo.

De todo el mundo recibía cartas elogiando su última obra, solicitando su guía, consultándole una duda teológica, demandando de su sabiduría la aclaración de un milagro o de un suceso extraño o simplemente la receta para una enfermedad. Tenía que dedicar días enteros a despachar su co-

(1) Aguirre: Aprobación al tomo VII del *Teatro*, p. 42.

(2) «Monstruo de sabiduría», le llama el P. Olóriz (Aprobación del tomo VII del *Teatro*, p. 25). «Sol de España» y «Marco Tulio español», el P. Moreyras (Aprobación de *Justa repulsa*) (8), etc., etc. Claro es que estas «aprobaciones» eran en realidad panegíricos dictados casi siempre por la amistad, la adulación u otros motivos interesados, más que por verdadero espíritu crítico. Luego veremos que a veces existían grandes intrigas en torno de su preparación. En el caso de Feijóo, la controversia que encendió su obra, excitaba aún más el celo apologético de sus partidarios. El mismo Feijóo hizo unos comentarios justos y elevados acerca de lo que en realidad representaban tales elogios protocolarios. Son especialmente pintorescos los ditirambos del famoso cura de Fruime, D. Diego Antonio Zernadas (o Cernadas), en varias de sus poesías (9), sobre todo los *epitafios*, *jeroglíficos*, *canciones* y *motes* que escribió por las honras fúnebres del P. Maestro. En uno de aquéllos le llama «vivo Pentateuco en quien están de asistencia Bartholus, Baldus et ego».

(3) *Cartas* (10), V-X, 1.

rrespondencia (1) y alguno de sus amigos hubo de reprenderle, instándole a que persona de su categoría no perdiese el tiempo en contestar a tanto y tanto impertinente.

Los autores le enviaban sus manuscritos para que les diese, antes de publicarlos, el *placet* de su criterio; incluso llegaban a su censura libros de medicina, a la que tan rigurosamente combatió. Los mismos profesores médicos consultábanle sus dudas científicas. La Regia Sociedad de Sevilla —la primera de las corporaciones médicas de España— le nombró Miembro de Honor (2). Y al final de su vida

(1) «A la tarea de la Cátedra se añadió ahora la de esta Prelacia en que me ha puesto la Religión; y a una y a otra, la fatiga de los correos que muchas veces me roba dos días enteros de la semana, no pudiendo negarme a estimar y corresponder como puedo a la honra que me hacen con sus comunicaciones muchos sujetos respetables y eruditos de varias partes de España, que sólo me conocen por mis escritos; y aun no pocas veces me hallo imposibilitado a responder a todos» (Prólogo a la *Ilustración apologética*) (11). En carta de julio de 1750 a D. Pablo Zúñiga Sarmiento decía: «Yo me hallo sofocadísimo de cartas, por lo que no puedo ser más largo en ésta, y por lo mismo no respondí a la antecedente» (12). Algunos de estos corresponsales espontáneos publicaban luego las cartas de Feijóo, para hacerse notar en el mundo literario y para ganar unos reales: el mundo no varía. Se queja de ello Feijóo en la misma carta a Zúñiga: «Y lo mejor —añade— es que el sujeto que ha publicado esa carta mía me encomendaba fuertemente la reserva de las suyas. Lo hecho no tiene remedio, pero me servirá esta experiencia para vivir con más precaución en adelante.»

El exceso de correo llegaba a perturbarle. «En el correo pasado —escribe a D. José Ceballos— le escribí a V. Md., pero con la cabeza tan atropellada por lo mucho que había escrito a dictado aquel día, que en el dictado de ella trastorné unas especies y omití otras.» (Carta a don José Ceballos, 29 octubre 1749) (13).

(2) Feijóo estimó en mucho este honor, que representaba una consagración de su combatida posición médica. «Años ha que aquel noble cuerpo me revistió del estimabilísimo carácter de miembro honorario suyo. Duélome de no poder compensar tanto honor sino con esta protesta pública de mi agradecimiento.» (*Teatro*, VII, XIV, 21.) En su autobiografía (14) habla también, con preferencia marcada, de este nombramiento. Claro que en esta consagración médica debió influir el doctor Martín Martínez, presidente de la Regia Sociedad y aliado de Feijóo en sus disputas científicas. La vida de esta Sociedad fué gloriosísima, y es lamentable que la Sevilla actual, con Universidad y tantos médicos excelentes, sea una de las ciudades españolas de menor vigor científico.

podía vanagloriarse de haber reformado profundamente las costumbres españolas «en orden», como él gustaba tanto de decir, a las relaciones de los enfermos con los médicos, al uso de los medicamentos y a la práctica de los regímenes alimenticios.

Sus libros fueron traducidos a varios idiomas (1), y el suceso, por lo raro en los escritores españoles, fué tema frecuente en las apologías de los entusiastas del benedictino. Él mismo, en una de sus polémicas, escribe con fruición que «sus aplausos suenan en toda Francia» (2).

El Papa Benedicto XIV se inspiró, en sus ideas, citándole repetidas veces, cuando reformó la música de los templos. Finalmente, los honores oficiales llamaron con frecuencia a la puerta de su retiro, siendo sistemáticamente rehusados, salvo algunas de las dignidades que le impuso la disciplina de su Orden y el nombramiento de Consejero que le confirió Fernando VI en 1748 y que debió aceptar, más aún que por respeto a la Corona, para que la nueva y alta dignidad le sirviera de escudo contra los ataques de

(1) Sobre sus traducciones al extranjero véase Millares (15) y Morayta (16). Las primeras traducciones al inglés son, según este último autor, del año 1777; pero ya en las *Letters*, de Clarke (17), que tuvieron gran difusión, se traducen dos discursos de Feijóo sobre la Medicina.

(2) *Teatro*, V, XVII, 45. Seguramente se refería Feijóo de un modo principal en estas palabras a la carta del doctor Boyer, profesor de Montpellier y médico del rey de Francia, que vino a España en 1731 para asistir al marqués de Bramcas, embajador de Francia, enfermo en Sevilla. En esta carta refiere que leyó el *Teatro* con ocasión de su viaje, y expresa un entusiasmo sin límites hacia su autor. Hizo un extracto en francés, que se publicó en el *Mercurio*, de Francia, provocando «la admiración de todo el mundo». «Aunque soy médico —añade—, ya ve usted que no tengo el malhumor de los médicos españoles, que se han enfadado de lo que usted les dice, y es porque muchos de ellos han sido retratados por su pluma. Deben corregirse.» Por modestia no se atrevió Feijóo a publicar esta carta, que, por otra parte, es harto pretenciosa; pero lo hizo el P. Sarmiento con comentarios alborozados: (4), II, IV, 490. Los apologistas del benedictino citan también que el cardenal Quirini deseaba aprender el castellano, cuando tenía más de sesenta años, sólo para leer el *Teatro crítico*. [Uria (18), pág. 16.]



los críticos que empezaban a fatigar su vejez (1). Sin duda contribuyeron a tan raras glorias muchos factores, varios de los cuales serán citados ahora, y otros analizados después. Se ocupó, en efecto, de temas como las supersticiones, los milagros, la medicina, que interesaban a todos los españoles altos y bajos: al vulgo iletrado y a ese otro que él llamaba de «pelucas, capillas y bonetes» (2). Su actitud tenía, además, aquel acento de noble rebeldía contra lo consagrado sin razón, que tanto eco suele encontrar en la muchedumbre. Y finalmente, su prodigiosa erudición y sabiduría le revistieron de ese prestigio mítico, de que los pueblos sin gran densidad cultural suelen investir a los hombres de ciencia, sobre todo cuando oyen que han recibido el palmetazo internacional, pagándoles en sumisión idolátrica todo lo que no le dan en deseo de imitarles. Estos pueblos compensan la soledad intelectual en que dejan al sabio, rotulando con su nombre un número excesivo de calles y de plazas y llenando de bustos y retratos suyos los despachos en que debieran estar sus obras.

Y por si no bastara todo esto, se completó, como ya he dicho, la densidad de su fama gracias a la furia y a la sandez de sus adversarios, que por mera envidia o por afán de lograr a su sombra unas migajas de celebridad o unos

(1) Dice, en efecto, en la dedicatoria del tomo III de las *Cartas*, agradeciendo a D. Fernando VI su nombramiento de consejero: «¿Quién duda que esto fué declararse V. M. protector mío y de mis obras, colocándome con ellas al amparo de su augusta sombra? Pues habiendo sido aquel favor, no sólo en la intención, más aún en la expresión de V. M. premio de mis estudiosas tareas, ¿habrá ya algún vasallo tan irreverente o desatento que con grosera pluma, como hasta aquí hicieron muchos, quiera ultrajar mis escritos?» El decreto de consejero se firmó el 17 de noviembre de 1748. Es sabido que esta real protección no evitó uno de los más sañudos ataques que hubo de sufrir: el del P. Soto Marne. Y entonces el Consejo, por orden del rey, dió en 23 de junio de 1750 la prohibición famosa de que fuera aprobada y publicada la impugnación de Soto Marne, añadiendo «que cuando el maestro Feijóo ha merecido a Su Majestad tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos».

(2) *Teatro*, VIII, X, 174. Repite esta misma frase, que le era, sin duda, grata, en otros textos posteriores.



cuantos reales, no cesaron de hostilizarle con libros, opúsculos y papeles sueltos desde que comenzaron sus éxitos de escritor, hasta que la protección de los reyes puso a cubierto de las críticas su susceptibilidad senil.

Vivió, pues, en plena gloria; y así murió sin conocer, no la tónica mordedura de la envidia, sino el amargor deprimente del desvío.

Gran pompa tuvieron, como era lógico, sus exequias, y los discursos fúnebres exaltaron el duelo que la pérdida del gran escritor y varón ejemplar produjo en la grey benedictina, en la nación española y en todo el mundo ilustrado. Muchos años después de su muerte, la celda del Padre Feijóo era uno de los lugares de peregrinación obligada de los forasteros de calidad. El famoso Townsend, por ejemplo, cuenta su visita al convento de San Vicente, donde vivió el benedictino «cuya reputación se ha extendido a las naciones más remotas». «Entré en su celda —escribe— y hablé con los que le conocieron y respetaron en vida. Examiné su busto; pero como había sido modelado después de su muerte, tuve que contentarme, para juzgarle, con leer sus libros.» Observación muy aguda, porque, en efecto, la efigie de un autor es indispensable —¡cuántas veces lo he dicho!— para juzgarle enteramente; y no sólo por su obra. Termina con estas palabras: «Todos los que le han leído convalidarán conmigo que fué el primer escritor de España» (1). Medio siglo después, otro viajero admirable, el más admirable de cuantos han paseado por nuestro país, R. Ford, visitó también el convento de Feijóo. Ya no lo habitaban los monjes. Estaba convertido en residencia del Gobernador; pero aun se mostraba, como un relicario vacío, la celda del gran escritor (2). Todavía continuaron imprimiéndose nue-

(1) Townsend (19), II, p. 21. Refiere el autor a continuación la visita al convento de las monjas benedictinas, contiguo al de Feijóo, al que conocieron y trataron mucho sus hermanas en religión. Con ellas hizo muchas veces de médico y de consejero de higiene. Las monjas invitaron al inglés a tomar el té, conversaron con él alegremente, y a sus instancias cantaron, aunque con muy mala voz y afinación.

(2) Ford (R.) (20), II, p. 702. He aquí su descripción: «Cerca de la iglesia de San Juan se encuentra el convento de San Vicente, fundado en 1281 por el abate Fromestano para los Benedictinos. Fué en

vas ediciones de sus obras hasta unos años después, en que sobrevino el fenómeno, tan repetido en la historia póstuma de los grandes hombres, que en otro sitio he llamado «fase negativa» de la fama. Parece como si la posteridad inmediata al muerto glorioso quisiera cobrarse con un silencio obstinado de lo mucho que las generaciones anteriores hubieron de llevar y traer los hechos y el renombre del personaje fallecido. Y es preciso confesar que acaso tenga el casi invariable fenómeno un sentido de utilidad que nuestras mentes ligeras sólo a medias comprenden: acaso sea esta fase de pasajero olvido como una especie de lazareto o purgatorio en el que las reputaciones humanas se desprenden de todo lo que hay en ellas de actual y perecedero, de vana populachería, para resurgir ante el futuro, exentas de oropeles y reducidas a sus valores eternos.

En nuestro autor, esta fase negativa duró hasta bien entrado el siglo XIX. Ya en la noticia biográfica que acompaña a su efigie, en los *Retratos de españoles ilustres*, expresión en cierto modo del pensamiento oficial de las postrimerías del siglo XVIII, se da por perinclinada la utilidad de la obra feijoniana, a los veinte años de su

otro tiempo residencia de monjas y frailes. La parte primitiva está convertida hoy en la residencia del jefe político (gobernador) y en oficina, imprenta, aduana, etc., y otras dependencias del Gobierno. La celda del padre Feijóo, uno de los hermanos de la Compañía, se puede visitar. Los ensayos del P. Feijóo, escritos hace un siglo, dispersaron la mayoría de los grandes errores de España, los cuales, como la niebla sobre las montañas, habían hecho de la península su lugar de reposo. Los benedictinos españoles sintieron gran tristeza a la muerte de este *Helluo librorum*; pero después trabajaron muy poco, sin duda porque su Feijóo había escrito y leído suficientemente por todos ellos juntos hasta el fin de los siglos. Se creían con derecho a participar de sus obras. Su *Teatro crítico universal*, sus *Cartas eruditas y curiosas*, con respuestas y notas, comprenden 19 volúmenes en cuarto, y se han hecho multitud de ediciones. La nuestra, la quinta, se publicó en Madrid el año 1748 por los herederos de F.<sup>to</sup> de Hierro. Descanse en paz.» Ford se ocupa también de Feijóo en otro lugar de esta su guía de España —insuperada y aun traducible, con ventaja sobre las demás, por la exactitud de los datos, la copiosa erudición y el sugeridor comentario—, al hablar del famoso rito del toro de san Marcos, que él presencié en Llerena: (20), I, 290. Es sabido que Feijóo se ocupó largamente de esta costumbre idólatra: véase más adelante.

muerte (1). Hasta la primera mitad del XIX, el nombre de Feijóo se obscurece, cesa la difusión de sus libros, y si la crítica se ocupa de él, es en el tono despectivo que culmina en la resobada frase de Lista: «Al Padre Feijóo se le debiera erigir una estatua, y al pie de ella quemar sus escritos», frase que es hora ya de que se la califique justicieramente con el adjetivo de sandez, y después de esto se la olvide para siempre. Todavía don Vicente de la Fuente comenzaba su discurso preliminar a la edición de las obras feijonianas en la Biblioteca de Autores Españoles (2) preguntándose si merecerían ser reimpresas. Lo fueron, en efecto, a partir de entonces, varias veces, aunque no en su ingente totalidad. Y ya en todo el resto del pasado siglo, y en lo que va del actual, se multiplican los estudios acerca de la figura del gran polígrafo y de su significación en la historia de nuestra literatura y de nuestra estética. Muchas de las más eminentes figuras de la crítica española han dedicado páginas copiosas a este tema: Concepción Arenal (3), Emilia Pardo Bazán (4), Menéndez Pelayo (5), Pi y Margall (6), Morayta (7), Azorín (8), Pérez de Ayala (9), A. Castro (10), Millares (11), Navascués (12), Montero Díaz (13), Cotarelo (14),

(1) *Retratos de españoles* (21): «Si su libro, inferior a las luces que se hallan extendidas, *no puede ya enseñar nada nuevo*, éste es un efecto necesario de los progresos del espíritu.» Respira este juicio la ingenua pedantería enciclopedista. Hoy, siglo y medio después, aun andamos todos en el mundo necesitados de nuevos y numerosos Feijóos.

- (2) Lafuente (5).
- (3) Concepción Arenal (20).
- (4) Emilia Pardo Bazán (23) y (24).
- (5) M. Menéndez Pelayo (25), (26) y (27).
- (6) Pi y Margall (28).
- (7) Morayta (16).
- (8) Azorín (29).
- (9) R. Pérez de Ayala (30).
- (10) Américo Castro (31).
- (11) Agustín Millares Carlo (15).
- (12) J. M. de Navascués (32).
- (13) Cotarelo Valledor (35).
- (14) Montero Díaz (33) y (34).

Carballo Calero (1), Araujo Costa (2), C. de Castro (3), V. García Martí (4) y otros que después iremos citando. En muchos libros, monografías y artículos sobre temas diversos — todos los que abarcó la singular capacidad del insigne monje — vemos aparecer hoy su nombre elevado a la categoría de autoridad. Y, en suma, se presiente una amplia revisión de esta gran figura española y su consagración definitiva y popular entre nuestros mas altos valores nacionales. Es necesario para ello, que al par de las críticas generales sobre el Padre Maestro y su vasta producción total, se enfoque, con los criterios modernos, cada uno de sus aspectos parciales para valorar rigurosamente todo lo que hubo de involuntariamente ligero y equivocado en el caudal exuberante de sus ensayos; y todo lo que hubo de firme, de adivinatorio, de rebelde contra la actualidad perecedera y de renovación de la cultura de su tiempo. He aquí lo que nos proponemos hacer respecto a sus ideas médicas y en general biológicas: que son, creo yo, lo más perdurable y significativo de su obra.

III. Antes de emprender, no obstante, este examen, es necesario colocar a Feijóo en su ambiente, para darnos cuenta no sólo de su inmenso mérito, sino de la verdadera significación de su actitud y de su obra. Me falta erudición y gracia para repetir la pintura que tantos otros han hecho del estado lamentable de nuestra cultura en los años que alcanzan desde el triste reinado de Carlos II hasta el comienzo del de Fernando VI, tan digno de buena memoria como el de su sucesor, el gran Carlos III. Pero la misma lectura del *Teatro Crítico* y de las *Cartas Eruditas* nos informa amplia y vivamente de lo que fué aquella sociedad: ignorante, crédula de las más necias fantasías, sin centros eficaces de enseñanza, hostil a toda luz que turbase la vanidad con que se defendía de su propia miseria (5).

(1) R. Carballo Calero (36).

(2) Araujo Costa (37).

(3) C. de Castro (38).

(4) V. García Martí (39).

(5) Véanse sobre todo los admirables ensayos titulados: *De lo que conviene quitar en las sumulas (Teatro, VII-XI)*, *De lo que con-*

Esta obscuridad de la vida intelectual española era sobre todo densa en lo referente a las ciencias naturales consideradas como cosas peligrosas e inútiles. Sólo era aceptada, como pasto de la inteligencia, «la teología escolástica, la moral y la expositiva» (1), incluso entre los profesores de las ciencias más prácticas, como la medicina. «Mientras en el extranjero — exclamaba dolorido nuestro autor — progresa la física, la anatomía, la botánica, la geografía, la historia natural, nosotros nos quebramos la cabeza y hundimos con gritos las Aulas sobre si el Ente es unívoco o análogo; sobre si trascienden las diferencias; sobre si la relación se distingue del fundamento», etc. (2). Apenas entraban en España libros extranjeros, considerados como «aires infectos del Norte» (3). El idioma francés, vía de enlace con el saber universal, era casi desconocido por los lectores peninsulares: «Hágome cuenta (que ciertamente no es muy alegre) —decía el Padre Maestro— de que habrá en España hasta tres mil sujetos de varias clases y estados que mediante la lectura entienden bastante la lengua francesa»; pero de ellos «no llegarán a

*viene quitar y poner en la lógica y metafísica (Id., XII), Lo que sobra y falta en la física (Id., XIII), Lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina (Id., XIV), Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales (Cartas, II-XVI) y Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España (Id., III-XXXIV).* Sobre el estado de la cultura española al comenzar el XVIII y la influencia que sobre ella ejerció Feijóo, hay una copiosa literatura extranjera, que acaso sea, por lo menos en parte, recusable por no bien informada o mal intencionada. No creo, sin embargo, que puede incluirse en este juicio la opinión de Ticknor, de todos respetada; y es bien significativa en este sentido: «A medida —dice— que Feijóo fué adelantando, fué conociendo más y más el abismo que separaba a su patria del resto de Europa»; «el mundo solemne de la realidad, el mundo de la verdad física y moral había estado en España cerrado a toda investigación», etc. (40), p. 37.

(1) *Cartas*, III-XXXIV, 19.

(2) *Cartas*, II-XVI, 14.

(3) «Y aquí entra con afectado énfasis lo de los *aires infectos del Norte*, que se hizo ya estribillo en tales asuntos, y es admirable para alucinar a muchos buenos católicos, mas igualmente que católicos, ignorantes.» (*Cartas*, III-XXXIV, 4.)

treinta o cuarenta los capaces de traducir un libro» (1). No sólo ignorancia, sino odio al idioma vehículo de la novedad; y así, en otra ocasión recuerda que una dama de la reina Doña María Luisa, la primera esposa de Carlos II, mandó matar a un papagayo porque pronunciaba unas palabras en francés (2).

No es inútil insistir acerca de este punto, porque la inmensa autoridad de Menéndez Pelayo, en su estudio sobre Feijóo, en los *Heterodoxos*, combate enérgicamente la realidad de la decadencia intelectual de España en esta etapa de nuestra historia, para disminuir el significado renovador de la obra del benedictino. Es cierto que algunos críticos han hiperbolizado la eficacia de esta obra, exagerando su sentido liberal, comparable, dicen, al de Voltaire y Diderot frente al oscurantismo inquisitorial del ambiente. «Antes de Feijóo, el desierto», escribe irónicamente el gran crítico montañés; y a continuación enumera las personalidades insignes en la ciencia que florecieron entre nosotros desde los años finales del siglo XVII hasta el advenimiento de la Revolución Francesa. «Ni Feijóo está solo —concluye—, ni los resultados de su crítica son tan hondos como suele creerse, ni estaba España cuando él apareció en el misérrimo estado de ignorancia, barbarie y fanatismo que tanto se pondera.»

La admiración que todos debemos a Menéndez Pelayo se une en mí, para convertirla en culto, a razones de índole sentimental, que al cabo pesan más que otras algunas en mi espíritu. Pero en el punto que nos ocupa es evidente que el gran crítico escribió con la pluma movida por la pasión filosófica de su mocedad y no por aquella otra ecuánime serenidad de las épocas media y final de su vida; y él mismo lo reconoció más tarde (3). Menéndez Pelayo habla de

(1) *Cartas*, V-XXIII, 54.

(2) *Cartas*, II-XVI, 28.

(3) No deben olvidarse estas nobles palabras de Menéndez Pelayo refiriéndose a la dureza con que trató a Pérez Galdós en los *Heterodoxos*; pero que pueden aplicarse a la misma pasión con que juzgó a otros escritores y entre ellos a Feijóo. Decía el gran escritor montañés en una solemnidad académica: «Yo mismo, en los hervores de mi juven-

Feijóo, en ese libro, sin cordialidad, restándole tacañamente los méritos y la gloria. Alaba, como es natural, su erudición, su generoso intento de ilustración popular y el valor magistral de su obra; pero le tilda de superficial; de vanidoso hasta el punto de rebajar las glorias patrias para hacer más acusado el resalte de su propia figura; de lector de segunda mano; de hombre «de pésimo gusto» (1); de mediano hablador. Y es que aun declarando como intangible la ortodoxia de Feijóo, Menéndez Pelayo se sentía herido todavía del malestar de muchos contemporáneos del Padre Maestro, que se resignaron de mala gana a no encontrar una brizna de heterodoxia en sus escritos, porque les inquietaba el ímpetu crítico y la noble rebeldía con que el benedictino arremetió contra «lo establecido», que por malo que sea tiene siempre un sentido intangible para las gentes timoratas. Al genio literario de Menéndez Pelayo se le ve rebosar la alegría debajo del gesto hosco — como esos padres severos que mientras regañan al hijo revoltoso, tienen que contener su complacencia — cuando habla de la rebelión de Feijóo contra la retórica y de su defensa de la libertad del genio. «Con letras de oro — exclama sin poderse contener — debiera escribirse, para honra de nuestra ciencia, esta profesión de la verdad estética, la más amplia y la más solemne del siglo XVIII, casi treinta años antes de que Diderot divulgase sus mayores y más felices arrojados» (2). Y más adelante: «Ensancha el ánimo oír en pleno siglo XVIII al

tud, las atacó (a *Gloria* y *La familia de León Roch*, de Galdós) con violenta saña, sin que por eso mi íntima amistad con el Sr. Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno ni para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de Estética sino en un libro de Historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento» [Menéndez Pelayo, Pereda, Pérez Galdós (41)].

(1) Menéndez Pelayo (25) funda esta acusación del «pésimo gusto» de Feijóo en que éste alababa mucho la harto deleznable obra de Magdalena Scudery. Pero estos juicios a posteriori son siempre injustos, porque el ambiente de la época influye sobre todos nosotros, condicionando nuestras aficiones a cosas mediocres.

(2) Menéndez Pelayo (26), III-I, 167. Se refiere a uno de los párrafos del admirable discurso de Feijóo *El no sé qué* (*Teatro*, VI-XII).



Padre Feijóo reivindicar los derechos del genio.» Y la frase que más repite de nuestro fraile es aquella de «soy ciudadano libre de la república de las letras». Pero su malestar es visible cuando Feijóo deshace las milagrerías y la superstición y cuando se entusiasma con el método experimental y propugna abrir de par en par las ventanas de la cultura española para que entre por ellas a torrentes la luz del extranjero; y aun se le escapa un dejo de asentimiento a la acusación de antipatriotismo que en vida echaron en cara a Feijóo sus enemigos (1).

En la *Historia de las ideas estéticas en España*, Menéndez Pelayo habla de nuestro autor en un tono diferente, mucho más entusiasta que en los *Heterodoxos* (2). Más que el tiempo transcurrido, el escenario espiritual, tan distinto, al escribir una y otra de sus dos magnas obras, le permitió contemplar, esta segunda vez sin prejuicios, la figura del fraile ensayista y su significado en la cultura nacional. No obstante, la mucha mayor difusión de los *Heterodoxos* ha hecho prevalecer su primer juicio, el apasionado; y la pesadumbre de su crédito ha sido, a mi juicio, una de las causas principales de que Feijóo tenga hasta ahora, en la historia de nuestras letras, el puesto secundario de un divulgador ameno, de instrucción vasta pero no sólida, escritor entretenido, y polemista inteligente; y nada más; con notorio agravio de la verdad, porque es muy otro y mucho más alto el rango que le corresponde (3).

(1) «Alguna culpa, quizá no leve, tenga en esto (en la idea del atraso de España en el siglo XVIII) el mismo Feijóo, que de modesto no pecó nunca, y parece que puso desmedido empeño en que resaltase la inferioridad del nivel intelectual de los españoles respecto al suyo. Así escribía el P. Feijóo cuando escribía a la francesa; repito que no le acabo de perdonar nunca estos pecados contra la ciencia española» [Menéndez Pelayo (25)].

(2) Aquí exclama con toda justicia: «¡Qué espíritu tan moderno y al mismo tiempo tan español era el del P. Feijóo!» (26), III-I, 75. Y en *La ciencia española* eleva aún el tono de su admiración: «Feijóo es el hombre a quien más debió la cultura española en el siglo XVIII» (27), I, 208.

(3) Claro es que espigando bien en las páginas que Menéndez Pelayo dedicó a Feijóo se encuentran, aun en los *Heterodoxos*, frases laudatorias bastantes para componer un párrafo apologético, como ha hecho, lleno de buena intención, el erudito P. Pérez de Urbel (42).

En cuanto a la defensa que hace Menéndez Pelayo de la ciencia de nuestro siglo XVIII, está, sin duda, inspirada, aparte de su admirable patriotismo, en el mismo prejuicio que comentamos de no reconocer la inferioridad de la España absolutista frente a la liberal del último tercio del siglo XIX. Pero el intento es vano. Pudo citar, en la vida intelectual de aquellos años, hasta ocho o diez nombres insignes en el transcurso de una centuria. Pero, por una parte, la ciencia de una época no puede medirse por la altura de las cumbres solitarias en el desierto, sino por el nivel medio del ambiente; y éste era tan bajo, que, como él mismo reconoce, la obra de Omerique en Cádiz o la del Padre Tosca en Valencia no la conocían muchos años después en Salamanca y en Oviedo, no ya las gentes de cultura media, sino ni aun los grandes eruditos. Podía haber un gran matemático aislado; pero en la Universidad salmantina, la cátedra de esta ciencia estaba vacante de maestro y de discípulos, y al fin la ganaba, entre vítores de la multitud, un galopín de la calle, dedicado a explotar la necesidad de los lectores con sus disparatados almanaques astrológicos, como Torres Villarroel. La pintura de Feijóo del atraso español, no está deformada por él con intenciones egoístas: es la misma pintura de casi todos sus compatriotas contemporáneos; la misma de los viajeros de la época, muchos hostiles a España, pero otros imparciales o francamente benévolos la misma de los historiadores nacionales y forasteros del siglo siguiente; y la misma, en fin, de los grandes políticos de los reinados de Fernando VI y de Carlos III, que acongojados por este atraso emprendieron su admirable obra de resurrección nacional.

En nuestro libro sobre Feijóo nos ocuparemos con más extensión de esta necesaria contracritica a la crítica que el maestro santanderino hizo de la ciencia española y en particular de la médica.

No es, pues, exageración antipatriótica el hablar de la obscuridad de la ciencia en los tiempos feijonianos. Nunca es antipatriótica la verdad. Y en este caso, reconociéndola, se hace más patente, para auténtica gloria de España, la categoría insigne de la obra de Feijóo y de los que le acom-

pañaron en su movimiento renovador, y también de los que le apoyaron con su favor y su fervor desde las alturas.

¿Cuáles eran las causas de tal miseria espiritual? Feijóo las estudia con minucia, y su revisión tiene no sólo un interés histórico, sino también eficacia directa sobre llagas aun abiertas o mal cicatrizadas del alma contemporánea. En primer lugar acusa «el corto alcance de algunos de nuestros profesores»; después, «la preocupación que reina en España contra toda novedad»; luego, «el errado concepto de que cuanto nos presentan los nuevos filósofos se reduce a curiosidades inútiles»; y «un celo, pío, sí, pero indiscreto y mal fundado» «de que las doctrinas nuevas traigan algún perjuicio a la religión»; y por último, «la envidia» nacional o personal, a la que certeramente califica de «ignorancia abrigada de hipocresía» (1).

Luego hablaremos otra vez del estado de la Universidad española, a la que Feijóo, tan justamente, achaca una responsabilidad máxima en el atraso de su época. Nos interesa ahora detenernos brevemente en su acusación a las trabas que a las nuevas doctrinas ponía la censura de la Iglesia. Puede explicarse y disculparse el hecho; pero no se puede negar. La Inquisición española llevaba su celo por la pureza de la fe con tan escrupuloso rigor, que las ideas nuevas de la ciencia sufrían cuarentena peligrosa en su censura; y a veces encontraban en ella barrera cerrada e infranqueable. Es cierto, como muchos críticos modernos sostienen, en una noble reacción contra la leyenda negra de España, que no fué el Santo Oficio el único tribunal riguroso y cruel; que tuvo directores, a veces, de espíritu comprensivo y tolerante; y, sobre todo, que a la gente de Iglesia se debió la mayor aportación cultural en aquellos siglos de supremacía de la Inquisición. Pero es igualmente exacta la continua y dolorosa poda a que la Iglesia tuvo sometido al pensamiento español. No hay libro de ciencia un poco libre y audaz, o simplemente original, que no leamos hoy expurgado por las tachaduras del Santo Oficio; y en muchos hay que reconstituir el texto original a través de los

(1) *Cartas*, II-XVI.

rigores de la censura y de las claudicaciones del autor, ante el pánico del calabozo. Sería mejor intentar explicar el sentido recto y noble, elevado aunque equivocado, y hasta, por momentos, útil, de esta actitud, que pretender negarla. En el caso de Feijóo, puede demostrarse esta influencia limitadora del miedo a la Inquisición, a pesar de que el gran benedictino vivía ya en un siglo y en un ambiente que anunciaban la muerte no lejana del fanatismo inquisitorial. Pi y Margall observa, con razón, que él, precisamente por ser fraile, pudo probablemente decir y escribir novedades que a los demás hubieran estado vedadas (1); pero así y todo, en varios de sus escritos se transparenta el miedo al rigor de la censura oficial; y sobre todo lo demuestra la interesante carta inédita que copio a continuación (2):

«Mi amigo y señor: de la máquina eléctrica y electrizante de Madrid me había dado noticia D. Tiburcio de Aguirre, oidor de Pamplona, que creo esté ya en el Consejo de Ordenes, caballero muy curioso, aplicado a la buena filosofía; y un caballero de Bilbao me la había dado antes, de otra que hay en aquel pueblo, uno y otro a fin de que examinase la causa, y a uno y otro respondí que aun está la cosa muy verde para aventurar algún sistema y acaso será menester que venga un nuevo Newton que, por las reglas de la pesantez, con seis resmas de cálculos, nos descifre este gran enigma, en el cual confusamente veo abrirse camino a un dilatadísimo incógnito país de Phisica, que para las producciones de muchos efectos haga abandonar a los filósofos los que hasta ahora cultivaban. Yo hablo como neotoniano; V. Md. puede ser piense hallar mejor partido con los turbillones. Como quiera, yo estoy muy lejos de romperme inútilmente la cabeza sobre la materia, y casi otro tanto de comprar más libros, porque considero haber menester el corto caudal que me ha quedado para usos más necesarios,

(1) «Sin su cogulla de fraile es probable que hubiese llevado más allá su pensamiento, pero lo es también que a sus primeros pasos hubiese sucumbido en la empresa» (28), pág. VIII.

(2) Debo la lectura de esta Carta a mi buen amigo el marqués de Aledo.

*en que entra la cuenta reinar hoy un Inquisidor general amantísimo de la antigualla, que está amenazando con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España: y muy luego que le colocaron en el trono vi aquí una carta de un cura del obispado de Teruel, hijo de este país y amigo mío, en que decía serme este señor muy desafecto. Es verdad que también tengo especie de que alguien en Madrid le templó sobre este punto: y, finalmente, en este último edicto damnatorio y correctorio de ochenta libros no se tocó en un ápice de los míos: pero siempre debo temer que las sugerencias de los infinitos individuos ignorantes le revuelvan, cuando menos se espere, contra ellos.»*

«Aquí tengo el primer tomo de la traducción en italiano del *Teatro Critico*, hecha en Roma, y asimismo el primero de la francesa, hecho en París. Una y otra están muy malas. Pero de Roma se ha avisado que el abate Franconi, autor de la primera, ha ido prosiguiendo con uno o dos auxiliares que la mejoran mucho. Otra traducción está muy adelantada, o acabada, en Nápoles; otra en Venecia, y don Juan de Prado me dijo que estando él en Italia se trataba de hacer otra en Bolonia.»

«Vaya ahora algo de Medicina. Leí no mucho ha en las *Memorias* de Trevoux que era remedio experimentado para hacer bajar a los pies la gota, cuando se sube arriba, poner en las plantas una cataplasma de mostaza machacada, del grueso, no me acuerdo si del grueso de un dedo o medio dedo. Valga la noticia lo que valiere, Dios quiera que V. Md. no necesite ni de este remedio ni de otro y le g.<sup>de</sup> m.<sup>s</sup> a.<sup>s</sup> Oviedo y octubre, 17 de 1727. B. L. M. de V. Md. Su más amante serv.<sup>f</sup> y capellán, Fr. Benito Feijóo. Sr. D. Pedro de Peón, muy s.<sup>f</sup> mío.»

Los párrafos dedicados a la Inquisición en esta misiva son harto significativos. La hemos copiado toda porque es una de las más típicas de Feijóo. Luego volveremos a comentar algunos de sus otros extremos.

Habla, finalmente, nuestro crítico, como causa del atra-

so de la cultura española, de la famosa plaga nacional: de la envidia. El espíritu metódico y analizador del benedictino hizo aquí una de sus afortunadas disecciones al explicarla como «ignorancia abrigada de hipocresía»; esto es, ignorancia que no quiere, a ninguna costa, redimirse con el saber.

Y Feijóo, atento al rumbo del pensamiento europeo —que entonces era como universal— se acongoja ante esta contumacia, se le anuda en el corazón el patriotismo —ese patriotismo que, como a todos los grandes patriotas, le negaron unos cuantos necios—; y se decide a la empresa fabulosa de arremeter contra tantos fantasmas: fantasmas monstruosos y vagos con raíces profundas, clavadas en el alma de cada campesino, de cada noble, de cada profesor y de cada teólogo español.

Para mí, en esta preocupación patética de su España —de nuestra España— sumida en el error, está la grandeza de Feijóo. Me lo imagino torturado por el obsesivo pensamiento en las noches de su celda y en su vagar por el claustro o por los campos risueños de Asturias. «La mayor parte de mi vida —escribe una vez— he estado lidiando con estas sombras, porque muy temprano comencé a conocer que lo eran» (1). Y ¿qué podía hacer él, pobre fraile, para remediarlo? Ni su influencia alcanzaba a interesar eficazmente en el problema de la cultura a los poderes del Estado, absorto todavía en el letargo de su borrachera épica y desangrado por guerras interminables; ni, sobre todo, la gran obra podía empezar por la reforma de la cultura oficial, la administrada desde arriba, aun cuando un milagro la hubiera puesto entre sus manos. Era faena más ruda y más ingrata la que había que iniciar: la de roturar brutalmente el campo inculto del alma española, monte bajo de óptima tierra, pero cubierto de malezas y setos y malas hierbas. Y así debió concebir este «caballero andante del buen sentido» (2) su gran empresa generosa de componer *El Teatro Crítico Universal para desenga-*

(1) *Teatro*, V-V, 4.

(2) Américo Castro (31).

*ño de errores comunes.* El primer tomo apareció al cumplir su autor los cincuenta años, la edad de Don Quijote cuando salió también a deshacer entuertos por los mismos campos de España.

IV. Esta gestación dolorosa y este ademán resuelto resumen todo el valor histórico de nuestro monje. Por eso no alcanzo a explicarme cómo Menéndez Pelayo pudo criticar el que a veces arremetiese contra errores que en realidad no existían en la preocupación española; y menos comprendo aún que los críticos de un siglo después dieran por inactual la obra feijoniana porque se refería en su casi totalidad a creencias y supersticiones ya desaparecidas. Nada sería más fácil que probar la persistencia, en pleno siglo XX, de raíces aun no extirpadas de la mayor parte de las quimeras que atacó el animoso polígrafo. Pero, aunque así no fuese, al héroe no se le ha de juzgar por el blanco a que apunta, sino por su condición de héroe. Feijóo no luchó contra las brujas, contra los endemoniados, contra los astrólogos y contra los médicos dogmáticos de su tiempo; luchó «contra el error», que es eterno y que unas veces se viste de trasgo o de nigromante y otras de apóstol o de hombre de laboratorio, como el viejo Proteo de la fábula o como el demonio que tentaba a los anacoretas. Él mismo, que era también parte de su España, creyó en muchos errores, y creyó, en cambio, que eran tales errores verdades que hoy nos parecen indiscutibles. Pero ¿qué dirán mañana nuestros nietos de lo que hoy enfáticamente consideramos verdadero o mentiroso? La verdad absoluta está siempre lejos de nosotros, y para servirla, lo esencial no es conocerla, sino desealarla.

En este sentido de «querer» la verdad para su patria, de querer substituir aquella ignorancia y aquella pesadumbre escolástica, que más que filosofía era orejera para el entendimiento, cuando no venda cegadora; en este sentido de magna y fecunda rebeldía espiritual, creo que puede considerarse al Padre Feijóo como el más egregio promotor de la ciencia española. Y los que dos siglos después sentimos entrañablemente la misma aspiración para España, tenemos el deber de reconocerlo y de colmar de gratitud su memoria.

Algunos le han achacado que no realizó ningún descubrimiento. Es verdad. Fué sólo el apóstol de toda una cultura, ni siquiera de una cultura particular, y por eso, como él mismo reconocía, tenía a veces que pasar a la ligera sobre los conocimientos sin descender hasta su entraña (1). No creo, como don Miguel de Unamuno, que el divulgador sea más importante que el descubridor mismo. Pero sí digo que, salvo excepciones, el descubridor nace del ambiente y que por ello el que, como Feijóo, crea el ambiente de la sabiduría, está sembrando, para mañana o para cuando sea, los descubrimientos futuros. Somos muchos los esperanzados en que España vuelva a ser en nuestros tiempos un nuevo foco de civilización: acaso la misión más alta que a fin de tantos vaivenes de la fortuna nos reserva el porvenir. Y yo me pregunto si hay en toda nuestra historia un antecedente que pueda compararse al de Feijóo en la magnitud del esfuerzo cultural y en la eficacia renovadora de la ignorancia común.

Es cierto que la batalla contra los errores comunes y el afán de someter la vida entera, la de la especulación espiritual y la vida práctica, a un criterio de racionalismo experimental no fué original ni privativa de Feijóo. «Formar la razón» (2) a los hombres era la preocupación de todo su siglo, era el alma del siglo XVIII, de la que fué el fraile gallego su representante más genuino en España; aunque no, es cierto, el único representante.

Mas lo importante de Feijóo no es su prioridad ni su

(1) Al hablar, por ejemplo, del arte fisionómico decía: «Es materia ésta que pide necesariamente dos cosas: «mucho comercio con el mundo» y «mucho reflexión». A mí me falta una y otra. Comercio muy poco con los hombres y me llaman la atención otros muchos asuntos» (*Teatro*, V-III, 24).

(2) El famoso libro del abate M. Pluche, representativo de la época, cuyas ediciones españolas (traducción, por cierto excelente, de Terreros Pando) alcanzaron gran popularidad, se titula *Espectáculo de la naturaleza, o conversaciones, etc., a propósito para excitar una curiosidad útil y formarles la razón a los jóvenes lectores* (43). En este «formarles la razón a los jóvenes» está toda la esencia de la centuria.



misma superioridad dentro de una categoría de hombres universales, sino el españolismo de su sentido universal, si la frase se me permite. Por eso no se le puede equiparar a los enciclopedistas. Si convenimos en identificar el espíritu del siglo XVIII con la Enciclopedia, es claro que hemos de consignar a Feijóo como el primer enciclopedista español; y así le llaman muchos de sus comentaristas (1). Pero el siglo XVIII fué, en su sentido cultural, mucho más que aquel empuje admirable, pero limitado, apasionado y sectario, de la obra de Diderot y sus colaboradores. El siglo XVIII era afán de claridad humana, de contemplación y profundización serena y entrañable de las cosas; en cierto sentido, reacción antiteológica, pero no atea. Y fué por ello un fenómeno universal de la inteligencia; y no sólo la secta de los enciclopedistas franceses, aunque éstos pusieran el rasgo más firme y, sobre todo, más llamativo sobre el general levantamiento del alma de los hombres. De aquí el que en cada raza, tuviera su acento particular, no siempre afrancesado. En España es indudable que este espíritu analizador del siglo XVIII penetró en los hombres eminentes y en las minorías aristocráticas con el advenimiento de los Borbones. Antes de éstos se podrían encontrar ya sus primeros antecedentes; pero hasta en esas manifestaciones precursoras en nuestro país del que Ortega y Gasset ha llamado «el siglo educado» (2), había una raíz definida de imitación gala y también inglesa: las Academias eran copia de las de Francia e Inglaterra; los ministros de Felipe V aprendían en la Corte de Francia su lección; y las primeras apologías de la experimentación estaban traducidas de Bacon y de sus continuadores. Mas en Feijóo, en contra de lo que se ha dicho, se descubren difícilmente estas raíces y nos da la impresión —y en esto estriba su mayor interés— de que su gesto revolucionario

(1) Montero Díaz (33) señala con agudeza la diferencia entre el espíritu de Feijóo y el espíritu enciclopedista. Feijóo, dice, «es un espíritu enciclopédico, lo cual quiere decir, exactamente, un espíritu anti-enciclopedista».

(2) Ortega y Gasset (44).

surgió por espontáneo impulso, hijo del «clima histórico», por ese contagio que se opera en los momentos trascendentes de la civilización, de unas almas a otras lejanas, llevado por subterráneas corrientes cuya pista es imposible de seguir. Muy universal, sí, pero espontáneo y españolísimo. Y, sin duda, estas individualidades aisladas, y no de secta, son las más representativas y ejemplares.

Todo en Feijóo, en efecto, estaba escrito desde su iniciación intelectual. Faltan noticias, salvo los datos referentes a su actividad religiosa y a algunos ensayos poéticos, de lo que fué su vida interna antes de decidirse a dar a luz sus primeros discursos. Pero es evidente que su propósito renovador era muy antiguo y netamente original.

Como los médicos tenemos el hábito de inferir conclusiones grandes de pequeños sucesos y síntomas, yo doy importancia fundamental a una nimia aventura que aparece al azar en uno de sus ensayos (1). «*Siendo yo muchacho* —escribe— todos decían que era peligrosísimo tomar otro cualquier alimento poco después del chocolate. Mi entendimiento, *por cierta razón que yo entonces acaso no podría explicar muy bien*, me disuadía tan fuertemente de esta vulgar aprensión, que *me resolví a hacer la experiencia*, en que supongo tuvo la golosina pueril tanta o mayor parte que la curiosidad. Inmediatamente después del chocolate comí una buena porción de torreznos y me hallé lindamente, así aquel día como mucho tiempo después; conque me reía a mi salvo de los que estaban ocupados de aquel miedo. Asimismo, reinaba la persuasión de que uno que se purgaba ponía a riesgo notorio, unos decían la vida, otros el juicio, si se entregase al sueño antes de empezar a obrar la purga.» «Yo me dejé dormir lindamente en ocasión que había tomado una purga, sin padecer por ello la menor inmutación.»

He aquí, en este suceso insignificante, el germen entero de su actitud futura.

Todo ser humano, grande o pequeño, nace con una

(1) *Teatro*, V-V, 4.

misión terrenal, que después unos cumplen y otros no, según la potencia de su genio y según que el aire de la vida sople en dirección favorable o adversa. Pero aquellos que aciertan a llevarla a término es lo común que empiecen a ensayarla y desarrollarla desde sus primeros pasos en la vida; y, sin darse cuenta ni ellos ni los demás, buena parte de sus acciones, desde la edad en que la propia iniciativa nos gobierna, no es sino el preludio y la preparación de la gran obra que realizaremos mucho tiempo después, a veces, ya en el declinar de la existencia. Es muy fácil comprobar esto en las biografías de muchos hombres célebres. Y en el caso de Feijóo pecará de ligero quien lea lo que acabamos de copiar como si fuera una anécdota infantil sin trascendencia y no vea en ello el núcleo de todo su esfuerzo de la madurez y el esquema de los catorce tomos de su obra. El chocolate del niño se transformará más tarde en hechiceros, en horóscopos, en milagros idolátricos. Frente a ellos, Feijóo será sólo lo que ya era de niño: la razón frente al prejuicio, y la decisión de dar a cada fantasma, pequeño o grande, la batalla de la experiencia: en suma, siglo XVIII.

Cuando el futuro monje se atrevió a comer los torreznos y a dormir la siesta después de haber tomado la sal de higuera o los polvos purgantes del doctor Ailhaud no había leído la Enciclopedia ni, todavía, los libros del canciller Bacon, de quien casi todos dicen que copiara la doctrina y la actitud experimental. Hizo espontáneamente un experimento, como Bacon hacía los suyos: como rellenaba una gallina con nieve para ver cuánto se retrasaba su putrefacción. Fué, pues, repitámoslo, «la predestinación de la época», lo que llamamos «el clima histórico», quien formó su entendimiento para la gran empresa de la racionalización de la mentalidad ibérica. Sin que se sepa por qué, surgió, de repente, en muchas cabezas españolas la necesidad de tirar los sistemas por la ventana y de contemplar la realidad, sencillamente con los ojos, sin lentes de artificiosos prejuicios. Y de esos españoles, Feijóo era el más insigne y representativo. Por eso fué tan necia la pedantería con que algunos, como el Padre Soto Marne, pretendieron demostrar que otros muchos autores le habían precedido en la publicación de li-

bros contra los errores populares (1). De vez en cuando se dan en la humanidad esos «climas históricos» o actitudes colectiva del pensamiento, que son precisas para la evolución de la cultura; y cuando ocurren, sus iniciadores y sus apóstoles surgen aquí y allá, en los más diversos paralelos. Sin conocerse, dicen las mismas cosas y luchan por los mismos ideales. Es un fenómeno tan natural como el que hace brotar la vid en Europa y en América, separadas por miles de leguas, pero bajo el mismo clima geográfico. Pero los eruditos, implacables, computan minuciosamente los años y aun los días que separan el nacimiento de la misma idea en esta mente y en la otra, y declaran, sin más, que uno es el original y otro el plagario.

Quiero decir con esto —y tal vez Feijóo se enojaría conmigo si pudiera leerme— que creo en la predestinación de los hombres para las altas empresas y que el polígrafo benedictino fué un predestinado del renacimiento de la ciencia española. Y sobre el núcleo nativo de su predestinación se fué formando luego, a través de los años y de los estudios, el futuro plan de batalla, mientras aparentemente vegetaba en la grata soledad de sus conventos provincianos. Día tras día se iban precisando en su espíritu las líneas del esquema de la gran aventura. Había que contar a los españoles, con altos gritos, muchas cosas que ignoraban. Y antes había que arrancarles del espíritu otras muchas cosas

(1) Es sabido que una de las muchas acusaciones del padre Soto Marne a Feijóo (45) fué la de que su propósito de escribir contra los errores vulgares era un plagio de obras anteriores, como la del inglés Tomás Brown, la de los franceses Jacobo Primerosio y padre Buffier y la del italiano Mercurio. Feijóo se deshizo de estos cargos en su *Justa repulsa* (8) con pruebas irrefutables de la probidad de sus citas. Pero claro es que debió no contestar a su contradictor. Siempre se cae en el error de no seguir el consejo de Baltasar Gracián: contesta sólo a quien lo merezca. En España se habían publicado también algunas advertencias contra la credulidad popular, pero sin importancia. Murguía, por ejemplo (8), cita al famoso Maestro Ciruelo, que sólo tiene un interés anecdótico (*Reprobación de las supersticiones por el Maestro Ciruelo*. Salamanca, 1541). Y otros muchos después, sobre todo en el siglo XVIII, desde sus comienzos. Era, como dice E. Pardo Bazán, «un tópico, una muletilla» del siglo (24).

absurdas y nocivas que sabían. Seguramente se repetía a sí mismo aquella máxima de Dion Crisóstomo que su amigo el doctor Martín Martínez gustaba de escribir: «Muy difícil es enseñar, pero mucho más difícil todavía desenseñar cuando los errores vienen propagados desde nuestros antecesores.»

Veamos ahora cómo se preparó para el singular combate.

V. Sus armas, afiladas durante toda su juventud y su madurez, fueron, en primer lugar, su erudición extraordinaria. Tenía bastantes libros, muchos para la pobreza del ambiente; pero, como dice Azorín (1), «su intuición fina, delicada, suplía muchas veces la falta de materiales para realizar verdaderos milagros de erudición». El mismo Feijóo dice en una ocasión estas palabras agudísimas: «El entendimiento ilustrado y perspicaz suele hallar en los libros más que lo que hay en ellos, más de lo que el mismo autor entendió y quiso dar a entender» (2). «Siempre se le veía leyendo —escribe su más directo biógrafo (3)—; siempre se le encontraba sentado y con un libro en la mano. El que escribe esto puede testificar que jamás vió hombre alguno que ocupase diariamente tantas horas en la lectura como el Rmo. Feijóo en los años que tuve la dicha de tratarle. Aun a las horas de comer tenía algún libro sobre el mantel.» Severísima era su escrupulosidad bibliográfica. No hacía afirmación tomada de otros escritores que no se acompañara exactamente de su cita, anotando siempre si era de primera mano o de segunda referencia (4).

Fuera de los libros de religión y teología y de los de medicina, de que en otro lugar hablaremos, sus obras predi-

(1) Azorín (29).

(2) Dedicatoria del *Suplemento del Teatro Critico* (46).

(3) Uria (18).

(4) Varias veces se leen en su obra pasajes que lo acreditan. Por ejemplo: «No aseguraré que el autor citado pruebe eficazmente todo lo que propone. En el resumen que leí de su libro», etc. (*Teatro*, IV-XI, 13). Como sus enemigos le achacaron tantas veces el plagio, agudizaba esta escrupulosidad natural. Ticknor alaba también su probidad bibliográfica (40). Dice la Pardo Bazán (24) que era un proverbio en la Orden benedictina: «El Padre Feijóo nunca miente.»

lectas eran principalmente de ciencias naturales y exactas. Leía, desde luego, en latín, en italiano, en portugués y en francés. No en inglés (1) ni en alemán. Tampoco conocía el griego (2). Como corresponde al momento de la cultura en que vivió y a su condición de propagandista enciclopédico, se nutría principalmente de los grandes anecdotarios: el famoso *Diccionario* de Trevoux, del que reconocía extraer gran parte de sus datos, incluso los de materia médica; el *Specula Physico Mathematica*, del Padre Zahn; los *Campos Eliseos*, de Reyes; los *Entretiens Physiques*, de Regnauld; el *Miscelaneus*, de Marville; la *Physica Curiosa*, de Schoto; el *Journal des Sçavants*, etc. Ya de viejo, a partir del tomo III de sus *Cartas*, empieza a citar el *Spectator*, de Addison.

Pero, sin duda, su gran Biblia y guía en la ciencia fueron las obras de Bacon, a las que se refiere continuamente desde el comienzo hasta el fin de su vasta tarea literaria. Fuera de los clásicos antiguos, es el del Gran Canciller el nombre más repetido en los escritos del benedictino, y casi nunca aparece sin ir precedido del adjetivo «grande» u otro análogo: «hombre de vasto espíritu e inspiración elevada» le llama en una ocasión (3). Antes que Feijóo, otros escritores españoles habían defendido y propugnado las ideas del gran polígrafo inglés, entre ellos el doctor Martín Martínez, que tanta influencia tuvo en la vida del Padre Maestro. Pero éste fué el verdadero profeta y apóstol de Bacon, su San Pablo en España. El mismo Martínez llamó a Feijóo «nuevo Verulamio español» (4). Y esto, que era verdad, fué origen de una de las varias acusaciones con que irritaron sus contemporáneos la gloriosa vejez del benedictino, insinuando el matiz herético de tal preferencia. En

(1) Véase *Justa repulsa* (8): «Si no es que al Padre cronista se le antoje decir que yo sé la lengua inglesa.»

(2) «No, señor mío, nada sé de la lengua griega; y si un tiempo supe algo, ese algo no era más que un casi nada» (*Cartas*, V-XXIII, 1). En esta Carta hace la defensa del francés, como lengua de erudición, y su famoso y criticado paralelo entre la utilidad de dicha lengua y la griega.

(3) *Cartas*, III-XXX, 2.

(4) Martínez (Martín) (47).

efecto; los Padres Tronchon y Torreblanca, apologistas de Raimundo Lulio y defensores de éste contra las críticas de Feijóo, escribieron, con pésima intención, que «el Adonis del Padre Maestro» era «el hereje Bacon de Verulamio» (1). Por menos persiguió la Inquisición a don Melchor de Macanaz o a Olavide, a pesar de que la fiereza del Santo Tribunal empezaba a decaer con los aires pre-revolucionarios.

Feijóo supo responder con gracia y con nobleza (2) a esta estúpida acusación. Su fe y su ortodoxia eran inmaculadas. Entonces, igual exactamente que ahora, los malandrines de la envidia arrojaban sobre la cabeza del que quería orear el ambiente estancado, en el que tan bien vegetan las sabandijas, los eternos proyectiles aparatosos y vacíos de la herejía, la falta de patriotismo y la ausencia de originalidad. Pero el Padre Maestro se defendió bien. Dios, escribía, no reparte sus gracias con la providencia de «que todos los grandes ingenios hayan de caer precisamente dentro de la Iglesia» (3). Y en esta ocasión, en efecto, para la misma gran reforma experimental de la ciencia el dedo divino había señalado a un calvinista empedernido de Inglaterra y años después al monje más ortodoxo de la católica España. Sin duda, Feijóo gastó demasiado tiempo y

(1) Tronchon (M.) y Torreblanca (R.), *Apología de Lulio*. No he podido leer este escrito; pero su contenido se deduce de la larga carta en que le contestó Feijóo, *Sobre Raimundo Lulio. Cartas*, II-XIII.

(2) «La expresión —Bacon, Adonis de Feijóo— tiene filis: y aun por eso mismo es poco proporcionada a las barbas de aquel gran canciller de Inglaterra que ciertamente no tenía cara de Adonis.» «Sí, reverendísimos míos, he hablado siempre con aprecio de este Autor Herege y le elogiaré siempre que se ofrezca pero conteniéndome siempre, como hasta ahora lo hice, dentro de los límites permitidos.» «Yo, pues, he elogiado por filósofo y como filósofo a Bacon. ¿Qué hay en esto contra la Santa Madre Iglesia? ¿La filosofía natural ni aun la moral, está ni estuvo nunca estancada en la verdadera religión?» «Dejen, pues, a la gente ruda esa vulgar cantilena de despreciar cuanto hay de los hereges sólo porque lo son» (*Cartas*, II-XIII). Debe leerse toda esta Carta, admirable lección de tolerancia que podrían aprovechar íntegramente muchos españoles de dos siglos después.

(3) *Cartas*, II-XIII, 3.

bilis en defenderse de estas acusaciones de heterodoxia y de falta de originalidad. Nada puso Bacon en su impulso: y sólo la mala fe de sus enemigos pudo asegurar lo contrario. Repitamos que cuando el futuro fraile se decidió a comer los torreznos aun no había leído ni sabía probablemente que existiera el *Interiora Rerum*.

La fuerza de su predestinación y, después, esta su erudición fundamentalmente baconiana, crearon en él, el hábito experimental, factor trascendente de su eficacia futura. Nada se decía o sucedía a su lado que no fuera sometido por el fraile, a ser posible, a una comprobación, a un contraste minucioso con la realidad. Y no nos debemos sonreír ahora de que aquella su perpetua actitud comprobatoria recayese en sucesos muchas veces tan nimios y pintorescos como el de la purga y el chocolate de su mocedad. No poseía laboratorios ni apenas aparatos; luego volveremos sobre esto. Su gran instrumental era su sentido común; pero lo usaba con insuperable perspicacia. He aquí algunos ejemplos:

Cuando todos decían que las aguas que pesan más son peores para la digestión, él «con algunas experiencias», concluye la falsedad de este error, y sentencia: «Las aguas se han de pesar en el estómago, y no en la balanza» (1).

Al ocurrir los eclipses, las gentes, temerosas de su funesto presagio, corrían a ocultarse en sus casas «más tímidas que los conejos en sus madrigueras». Entonces él, se paseaba a cielo descubierto, para que los otros «perdieran algo de su supersticioso temor viendo que a mí no me había sucedido daño alguno» (2).

Como se tenían por fatales ciertos años climatéricos, se tomó «el trabajo de computar los años de vida de trescientos sujetos de quienes se sabe por las historias el año de su nacimiento y el de su muerte, y hecha después la regla que llamamos de proporción, no se halló que comprendiesen más muertos en los septenarios y novenarios que en los

(1) *Teatro*, I-VI, 44.

(2) *Teatro*, I-IX, 3.



demás años» (1). También demostró con sus observaciones y estadísticas el error de los que afirman «que la hora de la muerte suena de preferencia durante la baja mar» (2).

La gente de mar creía —creencia de estirpe clásica, porque Ovidio lo creyó también— que las olas que hacen el número décimo de cada serie son las más impetuosas y, por lo tanto, las responsables de los naufragios. «Lo que a esto puedo decir —arguye el fraile— es que yo hice muy de espacio la experiencia, puesto a las orillas del mar, para ver sí en esto había alguna correspondencia fija y ninguna hallé; si que las hondas eran muy desiguales en la vehemencia, pero sin guardar orden alguno en el número» (3).

Estudia otra vez reiteradamente el movimiento de los girasoles, rectificando la creencia de su heliotropía absoluta y fijando bien los matices de esta propiedad de la flor (4).

Desde sus años de estudiante observaba atentamente en sus condiscípulos las rayas de la mano para demostrar, muchos años después, que no hay relación alguna entre su dibujo y el porvenir del individuo. Sobre todo, hubo un fraile, Juan de Bellisca, que tenía «la línea vital mejor que vi a hombre alguno, profunda, bien impresa, seguida desde su origen, sin la menor interrupción y tan larga que llegaba a la articulación de la muñeca con el hueso que mantiene el pulgar». No obstante, fray Juan murió a los veintisiete años; y «yo —añade el beneditino— que no la tengo con las mejores señales, voy caminando, con el favor divino, para cincuenta y uno» (5).

Entonces, como ahora, era creencia común que el pasar bruscamente de una temperatura alta a una baja originaba, no sólo «peligrosas constipaciones, más aún, muertes repentinas». Para comprobarlo, «provoca la experiencia» y estudia atentamente la salud y el porvenir de «las mozas de cántaro», que son «la gente que padece estas mutacio-

(1) *Teatro*, I-XI, 12.

(2) *Teatro*, V-V, 16.

(3) *Teatro*, I-II, 18.

(4) *Teatro*, II-II, 68. Nota 12.

(5) *Teatro*, II-III, 17.

nes entre los extremos más distantes de frío y de calor, yendo y viniendo todos los días del hogar al río y del río al hogar, de modo que en el invierno allí se hielan y aquí casi se abrasan». ¿Y qué resulta de sus observaciones? La falsedad de lo que todos dan como cierto: que estas mujeres son más fuertes y no padecen más catarros ni mueren antes que las demás personas (1).

Pero hay aún otra prueba más concluyente: en los días de invierno la diferencia de temperatura que todos experimentamos al salir del calor de la cama al centro de la estancia, es mayor que la que existe entre el interior de la casa y la calle. No nos habíamos dado cuenta de ello. Mas Feijóo observa «la altura del licor» en su termómetro cuando está dentro de la cama y luego de levantado, en su celda; y comprueba que el licor ha variado más de seis dedos. Mas si ahora medimos la diferencia entre la celda y la calle, veremos que la diferencia es sólo de cuatro dedos. No hay, pues, más que hablar: y sienta su conclusión de que puede pasarse impunemente del mayor calor al mayor frío sin que el organismo se resienta. Pensemos que siglo y medio después se atribuían aún las pulmonías en Madrid al aire del Guadarrama, y que hoy todavía muchos españoles al salir del teatro a la calle se obturan la boca con el pañuelo para impedir que entre al interior el frío, presunto vehículo del catarro y de la muerte.

En esta celda, terriblemente fría, amanecían en invierno las vidrieras «llenas de congelaciones». Y el buen Padre meditaba, mientras las frotaba con la manga de su hábito, sobre el mecanismo de la formación de este hielo: y así pudo desvanecer más tarde la creencia común de queera la nieve de fuera que a veces atravesaba el cristal (2).

Nos asusta a nosotros, hombres de la era de la calefacción central, el pensar en las largas horas de estudio del benedictino en este gélido aposento, teniendo a cada instante que alzarse del borde de la chimenea para correr a la

(1) *Teatro*, V-V, 17.

(2) *Cartas*, I-X, 7.

librería a compulsar sus citas innumerables (1). Había de defenderse del frío paralizador, y lo hizo también todo lo experimentalmente que pudo; estudió con gran atención, variando ingeniosamente las diversas condiciones del fenómeno, el calor de la chimenea de leña y el del brasero, demostrando la nocividad de éste, cualquiera que sea el combustible que se emplee y el modo de quemarlo, incluso cuando se encendía con ascua de la misma madera que en la chimenea daba «un calor inocentísimo» (2). Más adelante, cuando las miserias de la vejez eran muchas y le obligaban a estar casi todo el día en su aposento, ensayó un método moderno para graduar el fuego de la chimenea.

Aquel termómetro, uno de sus escasos instrumentos de física, le sirvió también para dar su dictamen experimental sobre un problema que entonces se discutía apasionadamente, a saber: si la temperatura descendía en los lugares subterráneos en proporción al mayor calor del ambiente externo. En el pozo y cuevas del monasterio hizo sus observaciones metódicas, en las distintas estaciones, y comprobó que una cosa era la temperatura real, la que marcaba el licor de su querido aparato —«testigo mayor, le llama afectuosamente, de toda excepción»—, y otra cosa la sensación relativa del ser vivo que desde el calor de fuera entra en un subterráneo (3).

Los actos más pequeños de la vida, como los más solemnes, estaban contrastados por su razonamiento experimental: una vez demuestra que no es exacto que la esencia de la cáscara del limón —o luquete— penetre en el cristal del vaso, según se creía (4); o bien, que no son físicamente razonables los métodos propuestos para conservar el aroma de los que fueron sus únicos pecados: el tabaco y el choco-

(1) Una de sus Cartas a Sarmiento, fechada en enero, termina así: «Y con esto dejo la pluma y me voy a la chimenea» (Cartas inéditas de Samos, 6 de enero de 1742). Debo la lectura y estudio de estas Cartas al ilustre Abad mitrado del Monasterio de Samos, P. Mauro Gómez, al que me complazco en dar desde aquí las gracias.

(2) *Cartas*, I-I, 12.

(3) *Teatro*, II-XIII, 6.

(4) *Teatro*, V-XI, 40.

late (1). Y trasladaba luego este mismo espíritu al acto augusto de la comunión y «por observación experimental» concluye que las Especies Sacramentales perduran en partículas en la boca hasta un determinado tiempo bastante fijo (2).

Hemos hablado de la parquedad de su instrumental físico. Pero acaso fué más amplio de lo que nos dejan colegir sus escritos. Cuando habla, y lo hace a cada instante, de que «ha experimentado» este o el otro problema, se refiere muchas veces al mero control de los hechos con una observación reiterada: y esto es también legítima experimentación. Pero en otras ocasiones nos hace pensar que poseía instrumentos de trabajo con los que intentaba comprobar los descubrimientos nuevos que leía o sus teorías propias. El cuarto de trabajo de un sabio, por los años en que él vivía, tenía aún reminiscencias del taller absurdo de los alquimistas, si bien las redomas misteriosas, las varillas y sopletes y las esferas empezaban a ser sustituidas por los utensilios de la fragante física experimental. Poco antes de morir nuestro fraile se lamentaba de no poder adquirir ni encontrar quien le construyera una máquina eléctrica con que ensayar los tratamientos recién propuestos de las enfermedades nerviosas. Y se murió sin lograrlo. Pero nos consta que poseyó un microscopio, tal vez el primero que vino a España, con el que inquirió, sin duda, los misterios de la constitución de los cuerpos y las teorías infecciosas que tan certeramente coligió desde su aislamiento monacal. Sin preparación técnica y sin ambiente adecuado, el famoso instrumento no debió servirle para gran cosa, fuera de lo que le entretuviese; sin contar con la dispersión —poco propicia para investigar— que imponía a su mente el gran número, la diversidad y el tono palpitante de

(1) *Cartas*, I-XXVIII. En Oviedo se conserva la tradición de que Feijóo gustaba de pasear, siendo el tiempo bueno, hasta el pueblecito de Colloto, en cuyo puente de piedra guardaba su chocolatera con la que él mismo hacía su chocolate (como el cura Merino, que en sus andanzas guerreras, jamás olvidaba sus cacharros de hacerse el chocolate, que era su única cena).

(2) *Teatro*, VIII. Prólogo, p. LV.

sus lecturas y escritos. Por ello, un tanto desilusionado, regaló el microscopio el Padre Sarmiento, que lo incorporaría al pintoresco montón de libros, objetos raros, plantas y animales que llenaban su celda en el convento de San Martín, de Madrid. De todos modos, es importante esta prueba del afán experimental del benedictino y por ello copio la carta, deliciosa e inédita, en que transmite a Sarmiento el microscopio y los reglamentos para su uso.

«P. Ntro. — Amigo y señor: Allá va la comisión que acaba de remitirme nuestro P. General. A quien dan no escoge. Las ochenta misas ya corren desde mañana por cuenta de todos los Sacerdotes que hay aquí obligados a las de la casa. Dentro de dos o tres días saldrá de aquí un Colegial hijo de Monserrate de Cataluña para Monserrate de Madrid. Este llevará el Marco Antonio Mureto y agregado a él un microscopio que dos años ha se compró por encargo mío a un judío de Amsterdán en 350 r.<sup>s</sup> y pedía pienso que hasta cuatrocientos; pero respondiéndole el deán de esta Iglesia, quien, en compañía de D. Joaquín de Velarde y de D. Clemente Duque, hizo por aquel tiempo viaje a París y Holanda, que yo no habría dado más dinero para la compra que los 350, lo que era verdad, le alargó con la condición de que yo le enviase el tomo 8.<sup>o</sup> y 9.<sup>o</sup> de *El Teatro crítico*. El demonio del judiazo tenía los siete primeros en compañía de todas las obras de el Padre Vieira. Era o es oriundo de Portugal.

»Yo no tengo paciencia para andar atisbando átomos y así remito el microscopio para que V. P.<sup>dad</sup> los atisbe, si quiere, o haga de ese armatoste lo que se le antoje. Por si V. P.<sup>dad</sup> no hubiere visto otro de ese género advierto que vienen a ser no uno, sino seis microscopios, esto es, aquellas rodajitas con un vidrio menudísimo en el centro y cubiertas con su monterilla, cuanto es más pequeño el vidrio descubre objetos más menudos, y así se varían los microscopios colocándolos enroscados en la cabeza del tubo a proporción del tamaño de los objetos que se quieren examinar, y el objeto acomodado en un vidrio de cualquiera

de las tablillas se emboca por la abertura que está pocas líneas debajo de la cabeza del tubo. Toda esa baratija de instrumento descubrirán a poca reflexión su uso respectivo. En el secreto van unos niveles de la nueva invención» (1).

Fracasaron, pues, sus estudios microscópicos (2). Pero repitamos que la profundidad del criterio experimental no nace, como creen algunos, de la complicación de las técnicas, sino de la disposición rigurosa de la mente. Un discurso construido sobre la observación estricta de los hechos y sobre su interpretación racional puede tener más eficacia experimental que cientos de ensayos realizados sin sentido con los más modernos y complicados aparatos. Problema es éste delicado de tocar en España, donde las gentes propenden a sacárselo todo de la cabeza, sin «perder el tiempo» en la ejecución paciente de las técnicas. Pero con estas reservas nacionales, hay que insistir muy claramente en que las técnicas son sólo medios y no fines; y en que los descubrimientos más objetivos son siempre secuelas del proceso de racionalización de lo absurdo que ejecutan previamente las mentes dotadas de precisión experimental. Así era la inteligencia de Feijóo y, por eso, su eficacia contra el error fué inmensa entre la multitud de gentes que por entonces tuvieron sus mismas preocupaciones. Si únicamente triunfó del error ambiente el Padre Feijóo fué porque, con microscopio o sin él, su espíritu, por nativo y providencial designio, estaba en guardia permanente contra el error, el grande o el diminuto; singularmente este de las supersticiones populares que como nube invisible paralizaba el libre examen de la conciencia en los españoles de su siglo. Sin esto, no podemos entender la grandeza de la obra de Feijóo.

Seguramente algunos de los que me lean encontrarán pueril el que yo alabe como hazañas experimentales el

(1) Cartas inéditas de Samos. 21 Octubre. S. a.

(2) Tendría mucho interés, y algún día me propongo hacerlo, un paralelo entre Feijóo y el Abate Spallanzani, en cierto modo su par en Italia, cuya doctrina se funda en la utilización entusiasta y a veces hiperbólica del microscopio (43).

desafío de nuestro monje a los presagios del eclipse o de los días críticos. Es también probable que los que piensen así, ciudadanos del siglo XX, sean, sin embargo, incapaces de viajar en martes o de asistir a una comida con trece convidados... si algún anfitrión se decide a organizarla. Y más incapaces aún a renunciar a esta creencia, no porque alguien con autoridad les haga ver su sandez, sino por el propio método feijoniano, es decir, reuniendo una casuística de viajes en martes o de banquetes con trece comensales, y otras de viajes en miércoles y de ágapes de catorce o de doce individuos; y comparando después lo que les ha pasado a unos y a otros, extirparse a sí mismos la simplicidad. Tal vez sea necesario más ímpetu experimental para deshacer razonablemente uno de estos mitos de la superstición común, que para hallar un cuerpo químico, una variedad zoológica o el síntoma nuevo de una enfermedad. Y la razón de ello está en que cuando luchamos contra una superstición no nos limitamos a arrancar objetivamente la verdad del seno de lo desconocido, como hace el sabio en su laboratorio, sino que en realidad tenemos que arrancarnos algo de nosotros mismos: porque el error común, el de las gentes, es también nuestro, sabiéndolo o sin saberlo; y el hombre que lucha contra él, tiene que encontrarse al fin a sí propio, escondido entre la muchedumbre a la que fustiga con sus argumentos y sus apóstrofes.

VI. Hay precisamente en la obra de Feijóo un pasaje que se me antoja también fundamental porque demuestra, con patético dramatismo, este encuentro inesperado de la razón analizadora con el propio prejuicio, que es la última y más difícil trinchera en el combate contra el error. El que va derribando supersticiones, una a una, llega un día, quizá, en el que se encuentra solo, frente a frente con la última; y al hundir en ella la espada de la razón siente el dolor en su propia alma; porque el postrer engaño era también suyo y creía en él sin saberlo. ¡Terrible momento por el que han pasado todos los hombres que han perseguido fantasmas o injusticias y por el que hubo también de pasar nuestro gran quijote del siglo XVIII!



Una noche de otoño se paseaba el monje en su celda. Terminados los rezos, meditaba sin duda en el próximo ensayo, ya planeado, que al siguiente día había de escribir: un embate más de los suyos contra el ejército de mitos, trasgos y milagros absurdos que corroían el espíritu empantanado de los españoles. Faena ciclópea, porque apenas había mente peninsular que no estuviera presa en el error; porque las autoridades más altas ponían muchas veces el peso de su testimonio al pie de los fabulosos acontecimientos; y porque —había que reconocerlo— en ocasiones el absurdo se parecía tanto a los milagros verdaderos, o a la misma realidad, que el espíritu crítico de nuestro fraile se daba, de repente, de bruces contra la muralla inexpugnable de su fe o contra su propia conciencia experimental. Quién sabe si entonces le faltaban un instante las fuerzas. Pero no: estaba en el camino firme. De una parte, todo aquello que la fe le vedaba analizar. De otra, el espectáculo maravilloso, a veces incomprensible, pero racional, de la naturaleza. Y todo lo que no fuera esto no era más que mentira cizañosa que él tenía la misión de extirpar de su patria. Adelante, pues. Mas he aquí que, de súbito, al llegar frente a la ventana abierta, el fantasma, el fantasma en quien no creía, en quien no debía creer, se le aparece hecho realidad como «un formidable espectro de figura humana», de «cuatro o cinco varas de altura», y le contempla amenazador e irónico a la vez. Instante supremo: no es un hombre frente a un delirio, sino las dos mitades de un alma misma, la racional y la instintiva, puestas sin previo aviso frente a frente. Hondísima debió ser la fugaz duración de aquel segundo en el que el Padre Maestro ganó la batalla decisiva: la de sí propio. Pero la ganó. Retrocedió al principio hacia la puerta dispuesto a huir de «la celda y no entrar en ella hasta que viniese el día» para contar «a todos la visión del fantasmón, asegurándola con juramento si fuera necesario». Se imaginó al instante la sensación de todo el país. El, el negador de las brujerías, convertido, vencido por la realidad indiscutible de una aparición. Los que le oyesen, al punto «lo referirían a otros, y sobre el supuesto de su veracidad se extendería a



todo el pueblo y aun a muchos pueblos el crédito del prodigio».

Mas nada de esto que estuvo a punto de suceder, sucedió. Sobre el español supersticioso se alzó el hombre experimental e hizo frente al fantasma — «no sin algún susto», escribe—; y fríamente se puso a examinar —como cuando sentado junto al mar estudiaba el ritmo de las olas— «en qué consistía la aparición». Y claro es, la aparición, como todas las apariciones, estaba vencida en cuanto se pensaba en ella. ¿Qué creará el lector que era? Nada. Nada más que la sombra de su cuerpo proyectada por la luz sobre la niebla otoñal espesa que ocupaba el ambiente y que «servía como cuerpo opaco para recibir la sombra, no en su primera superficie, sino a la profundidad de dos o tres varas, pues toda esa crasie de niebla era menester para laborar la opacidad necesaria». Dueño ya de su experiencia, discurre así: y «como la sombra crece a proporción de su distancia del cuerpo que la causa combinada con la pequeñez y distancia de la luz respecto del cuerpo interpuesto, de aquí venía la estatura gigante de la sombra». Física pura, pues. El corazón anhelante del fraile empieza a estar tranquilo, Pero nuestro heróe, duda aún, inmovilizado por el terror. ¿No le habrá engañado su deseo? Es necesario comprobar la realidad del fantasma. Si es su sombra, los movimientos de su cuerpo se transmitirán al reflejo. Hay que decidirse a mover un brazo, la cabeza: exacto: «los movimientos del cuerpo correspondían en la imagen.» Un profundo suspiro de alivio y de victoria. Y de victoria definitiva. Los fantasmas, después de la prueba peligrosa en el silencio nocturno del Monasterio, ya no le volverían a molestar. Y entonces, después de relatar este trance en que venció los errores de los demás vencíéndose a sí mismo, escribe con suma modestia este solo comentario: «muchos, puestos en mi caso, no hubieran dado en ello». Y añade: «mucho menos que esto basta para producir en los hombres errores semejantes» (1).

Podemos imaginar, en efecto, lo que hubiera ocurrido

(1) *Teatro*, V-I, 44. Nota 5, a.

a quien no poseyera la disposición experimental de Feijóo a la vista de su sombra desmesurada. Por aquellos días corrían por España, creídas a pie juntillas, historias fabulosas de hombres trasladados por el aire instantáneamente, desde un límite a otro de la Península; de mujeres paridas por una vaca; de moribundos curados por arte mágica; de monjas visionarias; de luces prodigiosas que erraban por la noche en la campiña. Otro hombre cualquiera en parte vencido por la ilusión, en parte ganoso de referir a los demás, sucesos extraordinarios, hubiera relatado la aparición del duende, todavía erizado de terror, a los primeros transeúntes con quienes tropezara en su huída. Estos, no sólo lo hubieran creído, sino que, en parte también por credulidad y en parte por compartir el prestigio de los tocados de la maravilla, jurarían que ellos mismos contemplaron el espectro. A las pocas horas, todo el pueblo estaría convencido del prodigio. El vecindario entero, a la otra mañana, acudiría a recibir directamente el relato de los protagonistas. Acaso la índole del suceso haría necesaria la intervención de la Justicia —la del Rey o la del Santo Tribunal—, y la tortura, como el mismo Feijóo demostró con palabras llenas de noble caridad y de modernísimo criterio sobre el valor de las pruebas testificales (1), no haría más que forzar a los preguntados hacia la mentira, «porque no es la verdad, sino el dolor» quien dirige la confesión de los que están en el potro. La fama del portentoso volaría después a los pueblos inmediatos, y el correo la llevaría a las provincias distantes y a los otros continentes. Ya estaba el prodigio o el milagro hecho realidad y consolidado luego por el tiempo, sin que bastase a derrocarlo después

(1) *Teatro*, VI-I, 79. En este Discurso, escrito como para ser pronunciado, como tantos otros de Feijóo, hace éste una admirable y valerosa crítica de los testimonios forzados por el tormento, copiando y comentando las emocionantes imprecaciones del P. Spe contra los jueces que empleaban la tortura, que entonces eran todos. La misma actitud moral y psicológica dictó a nuestro autor la gran carta *Sobre Sermones y misiones* (*Cartas*, V-V), en la que demuestra el efecto contraproducente de los sermones terroríficos, a que tan aficionados eran, y son, algunos de nuestros predicadores.

el buen sentido de algún hombre veraz y razonable que al fin tendría que enmudecer ante la hostilidad del populacho orgulloso de contar con una maravilla entre sus glorias locales. La rectificación del propio visionario tampoco serviría para fundir la inmensa bola de nieve de la fábula. Y así se transmitiría ésta, intacta, a las generaciones venideras.

Con fina, agudísima perspicacia estudia Feijóo todas estas fases de la génesis de los errores populares en muchos de sus escritos, singularmente en los titulados *Duendes y espíritus familiares* (1), *Milagros supersticiosos* (2), *Regla matemática de la fe humana* (3) y *Tradiciones populares* (4). No hay matiz psicológico del proceso de la creación del mito, de su difusión y de su persistencia e irreductibilidad que no esté disecado hasta lo más hondo en estos ensayos, que son, a mi juicio, con algunas de sus disertaciones morales y sus predicciones biológicas, lo más hondo y permanente de la obra feijoniana.

VII. Así pertrechado, la crítica del benedictino llega hasta el terreno resbaladizo del milagro: resbaladizo, porque en cualquier época, sólo al acercarse a él, armado del aparato científico, alarma, y con razón, la susceptibilidad de la Iglesia; pero entonces el resbalón podía conducir por una rampa velocísima a los calabozos de la Inquisición. Sin embargo, Feijóo pudo abordar el problema con tal lealtad para su fe y tal copia de sabiduría y buen tino, que sólo algunos espíritus mezquinos y envidiosos pudieron sospecharle de heterodoxia, y, en verdad, fueron siempre voces ajenas a la autoridad oficial de su Religión (5).

(1) *Teatro*, III-IV, sobre todo 7 y 12.

(2) *Teatro*, III-VI, sobre todo 8, 9 y 47.

(3) *Teatro*, V-I, todo. La capacidad del hombre para mentir y su dificultad radical para aceptar la verdad son insuperablemente estudiadas en este ensayo y en el de la cita siguiente.

(4) *Teatro*, V-XVI.

(5) Ya hemos recordado las indirectas de los PP. Tronchon y Torreblanca a propósito de las, según ellos, excesivas preferencias de Feijóo por el hereje Bacon. Las mismas suspicacias malévolas se encuentran en los demás lulistas, como el capuchino Fr. Luis de Flandes (49). La *Gaceta de Londres* publicó una noticia, de la que nuestro benedictino

A mí no me parece que en el espíritu de Feijóo cupiera nunca el germen de una duda religiosa. Es ciertamente aventurado querer afirmar esto de otro hombre —y más de un hombre lejano—; cuando sabemos hasta qué recónditos senos de la conciencia escapan, a veces antes de que podamos o queramos aprehenderlas, las ondas y remolinos que agitan nuestra propia fe. Pero Feijóo escribió mucho y se derramó en sus páginas con un candor singular, en el que se hubiera trasparenteado la menor de sus inquietudes teológicas. Mi lectura de sus trece volúmenes ha sido lenta, repetida, de muchos años y jamás me ha hecho esa impresión de conciencia decepcionada que refiere Pi y Margall (1).

da amplia cuenta en el Discurso V del tomo VIII del *Teatro*, noticia en la que se insinuaba la posibilidad de una reforma religiosa en España iniciada por él. El rumor era, desde luego, falso, y el pretendido reformador se defendió de la impostura, exaltando la pureza de su ortodoxia. El asunto del milagro de las flores de San Luis le ocasionó la conocida persecución de los franciscanos, culminada en la acusación del P. Soto Marne, en sus *Reflexiones* (43), y sobre todo en su *Memorial que se presentó a la Majestad Católica* (1750 y 1751), en el que protesta de la orden del Real Consejo prohibiéndole atacar al benedictino. Es este Memorial una obra maestra de perfidia, en el que se deslizan al oído del Monarca las más viles acusaciones contra Feijóo. Insiste, sobre todo, en lo que en aquellas alturas podía ser más grave, a saber: en su actitud contra los príncipes y reyes, incluso algunos de la familia borbónica, y en su falta de españolismo. «Todas sus obras —dice— ofenden a la nación.» Sus críticas contra las Universidades las califica de infamantes para éstas. Es curioso lo bien escrita que está la diatriba, en contraste con el lenguaje culterano y pedante de sus libros: cuando quería que le oyesen con eficacia, se dejaba el capuchino de retóricas. Esto mismo dice Menéndez Pelayo [(25), III, 74]: «tres *Memoriales* no tan mal escritos como el *Florilegio*». Sin embargo, el gran crítico santanderino comete la injusticia de defender la actitud de Soto Marne; incluso considera a estos *Memoriales* «muy racionales en el fondo». Son, simplemente, viles. Finalmente, tuvo Feijóo un enredo con la Inquisición por unos párrafos de su discurso *Importancia de la Ciencia física para la moral* (*Teatro*, VIII-XI). Salió bien del enojoso asunto. Los párrafos sospechosos son absolutamente inocentes y se refieren a matices de la conducta del confesor respecto a autorizar o no la asistencia de las jóvenes a los bailes y comedias.

(1) «Cuando se le lee, sin embargo, apenas cabe decidir qué pudo moverle a tantas salvedades (se refiere a las de su ortodoxia). Católico, sacerdote, fraile; acostumbrado de mozo a la disciplina, con más de cua-

Por el contrario, creo representativa del Padre Maestro la nitidez con que se limita en su pensamiento, instante por instante, la separación entre el fenómeno científico y el artículo de fe. Desde su primera publicación comentaba ya las proposiciones de Santo Tomás acerca de qué «fe y ciencia son incompatibles» (1). Si hubiera sido un escéptico embozado, no tendría el menor interés para nosotros su posición ante el problema del milagro. Si lo tiene tan alto, es porque precisamente cree en el milagro verdadero, lo cual le permite aplicar al falso, el criterio experimental no sólo con autoridad, sino con exacto rigor. No me he explicado nunca, como ya he dicho en otra ocasión, el que los escépticos se preocupen de combatir el milagro, pues para ellos, el que haya creyentes que acepten que un muerto resucita o que se cura una enfermedad incurable para la ciencia huma-

renta años de oír o enseñar Teología cuando cogió la pluma, pudo muy bien hacerlas bajo el peso de sus hábitos y sus antiguas creencias; pero las hizo, a veces, con tal arte y de tal modo, que más parecen hijas del cálculo que del convencimiento. ¿No se las inspiraría el temor de romper con su pasado, el natural deseo de abrir camino a sus ideas y, sobre todo, la consideración del pueblo y el siglo en que vivía? A través de las palabras con que las formuló creo distinguir a menudo la ironía del que se ve obligado a decir lo que no siente» [Pi y Margall (28), pág. VII]. Montero Díaz asiente y escribe: «Así, su vida interior, más que en la dulce delectación producida por las obras bellas, debió transcurrir en esa lucha de conciencia que evidentemente hubo de suscitarse en su alma» [(34), pág. 19]. En el mismo sentido se expresa Morayta, a pesar de que su libro, como acertadamente dice Azorín, es «sereno, ecuánime, respetuoso y sin asomos de sectarismo y de pasión» [(29), pág. 110]. He aquí lo que dice Morayta: «Feijóo no quiso descatolizar a España; pero, sostengámoslo con entereza, si se lo hubiera propuesto, habría de todas maneras empezado por lo que hizo» [(16), pág. 103]. Nada menos cierto; ni deliberada ni involuntariamente amenguó, la obra de Feijóo, el espíritu católico de su país, sino el fanatismo yuxtacatólico con lo que hizo sin duda un bien a sus creencias. La única vez en que en toda la obra de Feijóo se percibe claramente que dice lo contrario de lo que piensa es en el asunto de la campana de Velilla, que antes hemos citado; pero allí no hay ni ironía ni lucha de conciencia, sino, con toda claridad, una concesión forzada: porque lo de la campana que tocaba sola, lo admitían las autoridades eclesiásticas, y era difícil y peligroso alzar contra ellas la bandera de rebelión.

(1) Feijóo (50), núm. 57.

na, debe tener el mismo valor anecdótico que el que, por ejemplo, los melanesios crean en los espíritus marinos hasta el punto de suponerles los padres de sus propios hijos. La preocupación del milagro debe ser, en cambio, radical en el creyente estricto, para el que desechar los falsos prodigios equivale a realzar la trascendencia de los verdaderos (1). Y ésta era la actitud de Feijóo, que seguramente no sentía el menor sobresalto de su fe cuando blandía su crítica experimental contra las fábulas religiosas que, acá y allá, brotaban en el suelo hispánico.

Supone, no obstante, una enorme conciencia de su propia autoridad y un considerable coraje el arremeter como él lo hizo contra las milagrerías en aquellos tiempos y en papeles destinados a la lectura de todo el pueblo. Su teoría general sobre el falso milagro está expuesta en el discurso antes citado; pero en su obra total alude constantemente al mismo problema, tratándolo siempre con idéntica crítica experimental. Son muchas las preocupaciones populares de base religiosa que él, religioso, deshizo así. Por ejemplo, en Oviedo era persuasión general que el día de Santa Clara había necesariamente truenos; nuestro fraile tuvo la paciencia de anotar durante veintitrés años el número de tronadas que coincidían con esa fecha: total, dos. Y así acabó con el pueril error que, como él decía, aunque minúsculo, ayudaba a desarraigar otros mayores (2).

Así podríamos citar varios más. Pero hay otra pequeña historia en la vida de Feijóo que tiene para mí, al llegar a este punto, el mismo valor trascendente que aquellas otras dos del chocolate y el sueño y del fantasma en la niebla, que tanto nos han ilustrado anteriormente. Creíase por altos y bajos que cuando una araña camina por una pared, bastaba pronunciar el nombre de San Benito para que al instante se detuviera. Un caballero «nada rudo» se lo

(1) «Los milagros verdaderos son la más fuerte comprobación de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto a los infieles para no creer en los verdaderos» (*Teatro*, III-VI, 1). «Confieso que no puedo tolerar que, a expensas de la piedad, se haga capa del embuste» (*Idem*, *id.*, 14). Todo este discurso es fundamental.

(2) *Teatro*, V-V, 8.

quiso demostrar experimentalmente al Padre Maestro, tan poco amigo de creer en estas cosas. «Concertaron la experiencia» y, en efecto, la araña, al conjuro del santo nombre pronunciado por el caballero, se detuvo en su correría por el muro. Pero ni la circunstancia de ser patriarca suyo (San Benito) el obrador del prodigio convenció al animoso paladín de la verdad. Oigamos su contra-experimento, en el que nos parece ver al monje, viejecito ya, de setenta y cuatro años, observando al insecto, lleno de bondad y de exactitud, como un personaje de Azorín: «El caballero pronunció el nombre de San Benito hacia la araña y ella se paró. Pero notando yo que había articulado el nombre del Santo en voz muy fuerte y tonante, hice juicio de que acaso todo el misterio estaba en que el estrépito de la voz había aturcido algo a la araña. En efecto, no era otra cosa, porque habiendo esperado algún tiempo (que no fué mucho) a que la araña se moviese, yo, en voz mediana, le hice oír el nombre de San Benito sin que por eso dejase de seguir su camino; pero pronunciando después otra voz profana en tono esforzado, paró en la carrera» (1).

¿Qué hay de herético en esta escena deliciosa? Pues éste es y no más el método que el buen fraile aplicó a todas las milagrerías que cayeron bajo su crítica. Una vez era una cura milagrosa, exaltada desde el púlpito por predicadores ligeros, en la Coruña. Feijóo demuestra que la enferma se salvó, no por prodigio divino, sino «de un modo natural y muy fácil», gracias a un médico y cirujano que mandó venir y costeó el Cónsul inglés, calvinista empedernido (2). Otra vez era un crucifijo que perteneció a la famosa monja de Agreda, y que sudaba sangre del rostro, con lo que hubo «gran conmoción de todos, nobles y plebeyos» y «rogativas, votos y limosnas». Pero un escribano advertido y sagaz quedó escondido durante la noche en el lugar donde estaba la imagen y sorprendió a una vieja, autora, por interés, del fraude, que teñía el rostro divino «con sangre que se sacaba de las narices». «El Corregidor,

(1) *Cartas*, III-XVII, 34.

(2) *Cartas*, III-VI, 2.

hombre de piedad sólida, hizo dar 200 azotes a la vieja (1). Y así en varios casos más. Pero nada expresa su actitud como las palabras con que define el supuesto milagro de la aparición de San Francisco de Paula sobre la Hostia Consagrada en el Puerto de Santa María, «ocasionándose el error por la reflexión que hizo en el vidrio del Viril la imagen del Santo colocada en el Retablo, por la casual situación de la imagen, las luces y el Viril». Hubo tan sólo, escribe, «reflexión en el cristal y falta de ella, de reflexión, en la gente» (2). Feijóo, que jamás citaba a Cervantes, podría haber recordado aquí la imprecación de Basilio en el Quijote: «no milagro, milagro; sino industria, industria.» Con su física reverente y ortodoxa, porque no hay ortodoxia más pura que la verdad, iba podando al milagro auténtico de esa hojarasca de supersticiones que le añadía la industria, la irreverencia y la ignorancia de las gentes.

Su gran hazaña antimilagrera es sobradamente conocida y ha sido tan comentada que a nosotros nos bastará citarla. El día de San Luis, en la ermita dedicada a este santo, sobre un montecillo, en Cangas de Tineo, al cantar la Misa mayor «las paredes y puertas de la ermita, juntamente con el altar, vestiduras del sacerdote, Cáliz y Corporales, respectivamente, se pueblan, al decir unánime de las gentes y de varios doctos libros, de unas muy pequeñas florecitas blancas, en gran copia» (3). Con estas flores se confeccionaban después remedios, según se decía, de prodigiosa eficacia. Feijóo demostró que no eran tales flores, sino huevecillos de insectos que existían abundantemente en cualquier tiempo y en todas partes. El supuesto milagro se hacía continuamente a la vista de todos y en cualquier lugar ajeno a la ermita; y sin embargo, la fuerza de la superstición deformaba aquella realidad incuestionable en la mente de las mismas personas que la presenciaban a todas horas. En esta ceguera del entendimiento y de los ojos consisten muchos supuestos milagros, y en verdad tal

(1) *Cartas*, III-VI, 13.

(2) *Cartas*, III-VI, 52.

(3) *Cartas*, I-XXX.



deformación de la mente colectiva no deja de tener mucho de milagrosa. La admirable, serena y pia demostración del benedictino sublevó el enojo de los franciscanos, pues el supuesto prodigio estaba autorizado por varios de sus cronistas y lo consideraban como prez de la Orden. Se abrió información, que fué desfavorable a Feijóo, que hubo de presenciar, dolorido, el alborozo con que los franciscanos celebraron el triunfo del falso milagro. Mas insistió el Padre Maestro con la ayuda del obispo de Oviedo, Don Juan Avelló, austero e inteligente varón, cuyas virtudes ensalza aquél en la dedicatoria del tomo I de sus *Cartas*. El discurso *Hecho y Derecho de la famosa cuestión de Las Flores de San Luis del Monte* (1), en el que fijó definitivamente la situación teológica y científica del problema, es una de las piezas más sólidas de nuestro polígrafo, y en ella quedó patente su razón, a pesar de los nuevos ataques, más zafios que eficaces, de sus adversarios (2).

Son estas páginas, representativas del triunfo de la razón pura sobre el error autorizado por la plebe y por las falsas autoridades, únicas en la historia de la cultura española, y no han sido ensalzada en la medida de su trascendencia, sin duda por temor a remover susceptibilidades y pasiones al margen de la pureza de la intención de Feijóo y de la noble eficacia de su esfuerzo. Repito que sin motivo, pues uno de los más admirables rasgos de la polémica de las flores de San Luis —la más ardua que nuestro escritor hubo de sostener— es la falta absoluta de titubeos teológicos de su autor; la precisión casi automática con que va destruyendo la farsa supersticiosa con sus razones y sus experimentos hasta llegar al borde mismo de la verdad revelada, sin rozarla jamás; tal como el hábil arqueólogo que hace desaparecer el yeso grosero que recubre la arquitectura antigua sin menoscabo de ésta. Así también veremos, un siglo después, conducirse la mente de Pasteur.

(1) *Cartas*, II, Apéndice a la XXVIII.

(2) Véase Soto y Marne (45). Nuevamente, pero muy en resumen, le respondió Feijóo en la *Justa repulsa* (8), págs. 10 y siguientes.

No obstante, es comprensible la alarma que la actitud de Feijóo, reverberante de talento y de noble rebeldía, había de producir en esos pobres de espíritu que quisieran vivir en la quietud de una charca y protestan contra los audaces que remueven sus aguas, sin darse cuenta de que sin esto, las charcas acabarían por pudrirse con todos sus habitantes. Un hombre que quería ver todos los problemas de este mundo a través de la experiencia y de la razón tenía que parecer desconcertante y peligroso a las gentes de un país que vivía fuera de la realidad. No sin razón le llama Menéndez Pelayo «insurrecto», y otro de sus críticos, «sublevado genial» (1). Porque lo que hay de genio en Feijóo es su rebeldía generosa, nativa, persistente y aun reforzada a través de los años de la decrepitud: cuando el hombre medio entrega cada día una de sus fortalezas ideológicas; hasta las más inexpugnables.

Hemos visto su actitud en los problemas trascendentales de las creencias populares sin respetar muchas que tradicionalmente se consideraban como milagrosas. En otro lugar estudiaremos su rebeldía contra la medicina y los médicos. Pero las salpicaduras del paso recio con que marchaba por el mundo de las ideas su entendimiento razonador, llegaron a todos: a los reyes imperialistas y guerreros (2), a los ricos ociosos (3), a los jueces y escribanos venales (4), a los por-

(1) Montero Díaz [(32), pág. 21]; y Azorín: «Feijóo —comprensivo, humano, piadoso— se nos aparece en suma como un rebelde» [(27), página 112].

(2) Ya hemos citado este discurso (*Teatro*, III-XII) y varias de sus frases implacables. He aquí otras: «Los príncipes conquistadores tan para todos son malos, que ni aun para sí mismos son buenos.» «Descárgense del número de los héroes esos coronados tigres que llaman príncipes conquistadores, para ponerlos en el de los delincuentes», etc. También hemos visto cómo el P. Soto Marne aprovechó estas frases para acusar a Feijóo ante el rey; éste, por dicha, no le hizo caso.

(3) Véase su discurso *La ociosidad desterrada y la milicia socorrida*, en el que propone nutrir el ejército con los ociosos, los por-dioseros y los escribanos (*Teatro*, VIII-XIII).

(4) «Un escribano que tiene poco que hacer es un complejo de las tres Furias.» «Teje enredos, vierte chismes, suscita discordias, mueve pleitos, promueve los que están movidos, sugiere trampas, oculta unos delitos, agrava o aminora otros» (*Teatro*, VIII-XIII).

dioseros de oficio (1), a los malos sacerdotes (2), a los que sólo piensan con los refranes (3), a los nacionalistas intran-  
sigentes (4), a las beatas (5), a los judíos y también a los  
que los persiguen sin caridad, inventando crímenes en  
ellos para luego despojarlos de sus bienes (6), a los peti-  
metres (7), a los puristas del lenguaje (8), a los lógicos  
de aula que luego no saben razonar en la vida (9), a los

(1) Véase el citado discurso (*Teatro*, VIII-XIII), y la carta *Erec-  
ción de hospicios en España* (*Cartas*, III-XXVI).

(2) En muchos pasajes se encuentran invectivas contra los curas  
interesados e ignorantes. Véase, sobre todo, su admirable carta *Docu-  
mentos importantes a un eclesiástico* (*Cartas*, IV-XIX). Severa  
y alta lección digna de nuestros más insignes moralistas, y compañera,  
en esta superior categoría, del discurso *Balanza de Astrea o recta  
administración de la justicia* (*Teatro*, III-X), maravillá de len-  
guaje, además, que debiera leerse en nuestras Facultades de Derecho.

(3) *Teatro*, I-VI, 41. Me es especialmente interesante este asunto;  
en varias ocasiones he comentado la nocividad de los refranes, sobre todo  
en las mentes meridionales. Y me ocuparé más por lo largo.

(4) «El amor a la patria particular en vez de ser útil a la Repú-  
blica, es por muchos conceptos nocivo», etc. (*Teatro*, III-X, 31). Gran  
provecho sacarán de esta lectura tanto los fascistas como los regiona-  
listas actuales.

(5) «Una beata (determino el significado de esta voz a unas mujer-  
cillas, o ya de devoción indiscreta, o ya de virtud sólo aparente) que  
constituye toda la bienaventuranza en rezar, y aun los días feriales se  
está en la iglesia una buena parte del día. ¡Oh qué ocupación tan santa!  
No, sino maldita, si lo que deja de trabajar para su sustento se ha de  
compensar después con pedir prestado lo que nunca pagará; no, sino  
maldita, sí, como sucede muchas veces, la madre está hambreado por la  
ociosidad de la hija; e hiciera muy bien la madre si fuese a la iglesia y  
trajese arrastrada por los cabellos a la hija para ponerla la rueca en la  
cinta, aunque se escandalizasen las demás beatas del pueblo» (*Tea-  
tro*, VIII-XIII, 22).

(6) *Cartas*, III-VIII. Esta carta y la famosa en que se ocupa de  
los fracmasones —o «muradores»—, reduciendo a sus proporciones exac-  
tas su pretendido poder (*Cartas*, IV-XVI), son todavía de punzante ac-  
tualidad. Más adelante nos ocuparemos de nuevo de esta última.

(7) «¿Quiere V. Md. saber cuál es el animal más ridículo y con-  
temptable que hay en el mundo? Yo se lo diré: un eclesiástico petrime-  
tre. Dios libre a V. Md. de caer en tal oprobio» (*Cartas*, IV-XIX, 46).

(8) *Cartas*, I-XXIII. Comentaremos por separado este escrito, uno  
de los más discutidos de Feijóo.

(9) *Cartas*, II-VI, 15 y siguientes.

profesores tarados de pedantesco dogmatismo (1), a los políticos que olvidan las grandes reformas radicales que si no se hacen desde arriba las tienen que hacer los pueblos por sí mismos (2), y a tantos más entes presuntuosos e ineficaces que pueblan la sociedad.

Los que no conozcan bien la obra de Feijóo tal vez pensarán, leyendo esto, que era un espíritu amargado y regañón; y no sólo no lo fué, sino que su condición apacible le duró hasta la vejez avanzada que logró alcanzar (3). No hay en sus invectivas implacables ni pasión personal (4) ni menos aún ambiciosa trastienda, sino puro interés por el común provecho y una gran generosidad para ensalzar todo lo bueno que crece invariablemente junto a lo malo. Hicieron y harán, pues, mal en enojarse con él escribanos, señoritos, beatas y pedantes. A ninguno de estos gremios atacó con palabras más duras que a los médicos; y yo, que lo soy, y celoso como el que más de mi arte, no sólo no siento enojo cuando leo sus palmetazos, aun los que no fueron justos, sino que me deleito en su lectura; y si quisiera designarle con algún adjetivo especial entre mis autores predilectos le llamaría, como él llamaba a Tozzi, «mi amicísimo» (5). Nada puede dar idea del éxito de un libro como este de que su lectura nos ligue de amistad con su autor, a quien no conocemos ni podremos conocer; porque es la señal cierta de que su alma está infundida en sus páginas y de que éstas se han hecho porosas milagrosamente al alma del lector.

(1) Véase *Cartas*, II-XVI, y todos los discursos precitados del tomo VII del *Teatro*, sobre la reforma de la enseñanza.

(2) Véase, por ejemplo, los discursos *Honra y provecho de la agricultura* (*Teatro*, VIII-XII), y el citado *La ociosidad destrada* (*Ibid.*, VIII-XIII).

(3) Léanse las páginas magníficas en que explica su conducta en la vejez (*Cartas*, V-XVII). Ellas sólo bastarían para colocar a Feijóo en la primera línea de los moralistas y escritores castellanos; están escritas a los ochenta y cuatro años.

(4) De esta imparcialidad de sus juicios han de excluirse los que dirigió a sus impugnadores, que fueron muy enconados, sobre todo en los comienzos de su vida de polemista, como ya hemos dicho.

(5) *Teatro*, VIII-X, 186.

Así se engendró este gran entendimiento agitador y vivificador de su ambiente. Y tuvo para complemento de su eficacia el arma de un lenguaje exacto y diáfano, verdadero promotor del estilo científico castellano. Pero esto requiere más detenido examen.

VIII. ¿Cómo escribía Feijóo? Sus contemporáneos, incluso los adversarios, reconocieron al monje polemista la condición de excelente, de magnífico literato (1). No citaremos a todos los apologistas protocolarios de cada uno de sus volúmenes: todos ellos alaban como por deber, pero con particular encomio, este mérito de nuestro autor (2). Sólo queremos recordar, por su alta autoridad al Padre Flórez, que reputaba como «único» el estilo del polígrafo benedictino (3). Mas en los críticos del siglo XIX, a la vez que renace el interés por la figura cultural de Feijóo, se acentúa el desdén para su literatura. Se debe en parte esta actitud al fastidioso don Vicente de Lafuente, pues sus Preliminares a la edición de las Obras del Padre Maestro en la Biblioteca de Autores Españoles constituyeron para los que no piensan por cuenta propia, irrecusable autoridad en asuntos feijonianos durante largo tiempo. Lafuente dedica largos párrafos a sentenciar como funesta la literatura de Feijóo. He aquí algunas de sus frases: «con más arte, hubiera sido elocuente, pero en realidad no lo fué porque en las veces que quiso aparecerlo en el *Teatro Crítico* y las *Cartas*, resultó hinchado, sin poder elevarse, como los

(1) Algunos le achacaban ya, sin embargo, el uso excesivo de voces extranjeras, que luego han explotado tanto los críticos posteriores. El mismo Feijóo empieza así la carta en que defiende el uso que hace de algunas voces o peregrinas o nuevas en el idioma castellano: «Señor mío: El tono en que V. Md. me avisa *que muchos me reprenden la introducción de algunas voces nuevas en nuestro idioma*», etc. (*Cartas*, I-XXXIII).

(2) Uno de ellos, Fr. José Balboa (Aprobación al tomo IV de las *Cartas*, pág. XIX), escribe estas exactas palabras: «Esta es, a mi ver, la razón por qué, siendo tan diferentes los gustos, a todos agradan los escritos del Sr. Feijóo. Doctos y rudos, apasionados, imparciales y aun desafectos, convienen en que tiene en el modo de explicarse *un no sé qué* que hace leer con deleite cuanto dice.»

(3) Carta del P. Flórez (*Cartas*, II, pág. XVI).

globos aerostáticos cuando llevan mucho peso». «Una vez que quiso él mismo enaltecerse como inventor de voces nuevas no fué muy feliz: no es extraño; cuando nació Feijóo apenas hacía medio siglo que había muerto Góngora.» «Esto con respecto al estilo. El lenguaje es peor: plagado de galicismos, latinismos y de idiotismos particulares de las dos provincias donde pasó su vida, Asturias y Galicia.» Cita luego una serie de estos latinismos y galicismos, y concluye: «No es solamente en estas palabras donde Feijóo muestra lo mucho que se corrompió su lenguaje por el continuo manejo de libros franceses.» Hay que leer toda esta catilinaria, que Lafuente termina casi disculpándose de que, «a pesar de esto», los escritos de Feijóo tengan cabida en la Biblioteca de Autores Españoles. Y todo ello con el aire de un catedrático pedante —de aquellos que el fraile zahería con tanto garbo—, que suspende a un discípulo inteligente porque no sabe bien su libro de texto (1). Lástima que Menéndez Pelayo, que ha influído, tan sin objeción por parte de los demás, en la categoría que dió a Feijóo el pasado siglo, echase también el peso de su inmensa autoridad a esta sentencia de la mala literatura de nuestro escritor. Y no fué el único (2).

Claro es que frente a estos impugnadores de la retórica feijoniana hay, por dicha, otros críticos modernos que la alaban (3). No seré yo tan osado que mezcle mi opinión en

(1) Lafuente [(5), págs. XXXVI y siguientes]. Con el mismo malhumor que yo habla de Lafuente el gran escritor gallego M. Murguía (164).

(2) Menéndez Pelayo (25), III, p. 75: «¡Lástima que ofrezca su estilo tantos y tantos vocablos galicanos, algunos de ellos tan inauditos», etcétera. «¡Lástima mayor que hiciera perder el primero a nuestra sintaxis la libertad y el brío, atándola a la construcción directa de los franceses!», etc. La Pardo Bazán (23), pág. 25, escribe: «No nos hagamos ilusiones los panegiristas: el coloso de la crítica no es un modelo acabado para que en él se formen los aprendices de las bellas letras.» Más rotundamente, dice Araujo Costa: «Feijóo escribía mal» (35).

(3) Montero Díaz (33) habla de «la prosa flúida y clara de Feijóo», de «aquella precisión diamantina de todos sus escritos» y hace una defensa excelente de su supuesto afrancesamiento. Echamos de menos esta defensa del estilo de Feijóo en Azorín, porque el estilo didáctico que creó Feijóo no ha tenido representantes más altos que el mismo Azorín

la retórica batalla. Además, el mismo fraile no hubiera agradecido la defensa, porque una de sus más comentadas y escandalosas actitudes fué aquella de alzar, ya viejo, bandera de rebeldía y desprecio contra académicos y gramáticos (1). Juzgando por lo que hoy ofenderían a muchas orejas pudibundas, podemos imaginarnos el escándalo que entonces provocaron aquellas frases osadas del ensayista gallego: «puede asegurarse que no llegan ni aun a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a las reglas comunes». «Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, siempre que no

y Pi y Margall, con nuestro Cajal. Hay párrafos de Feijóo que parecen azorinianos, como algunos del ensayo *El no sé qué* (*Teatro*, VI-XII), de donde son, por ejemplo, estas líneas: «Ven una graciosa aldeana, que acaba de entrar en la Corte, y no bien fijan en ella los ojos, cuando la imagen que de ellos trasladan a la imaginación, les representa un objeto amabilísimo. Los mismos que miraban con indiferencia o con una inclinación tibia las más celebradas hermosuras del pueblo, apenas pueden apartar la vista de la rústica belleza. ¿Qué encuentran en ella de singular? La tez no es tan blanca como otras muchas que ven todos los días, ni las facciones son más ajustadas ni más rasgados los ojos, ni más encarnados los labios, ni tan espaciosa la frente, ni tan delicado el talle. No importa. Tiene un *no sé qué* la aldeanita que vale más que todas las perfecciones de las otras. No hay que pedir más, que no dirán más. Este *no sé qué* es el encanto de su voluntad y el atolladero de su entendimiento.» Tampoco se dió cuenta de estas cualidades del estilo de Feijoo don F. Pi y Margall (28), p. X: «Como escritor se le suele estimar en poco. No merecerá asiento entre los autores clásicos, pero dejó páginas que le honran. Si peca generalmente de difuso, si es poco atildado en la frase, si abusa de los retruécanos, si por lo vulgar de la alocución deslustra no pocas veces la alteza de los conceptos, es, en cambio, fácil y claro; sabe en ocasiones dar relieve y cuerpo a las ideas y conmueve en otras el ánimo por lo sentencioso y varonil de su estilo.» Por lo menos no podía pasar inadvertida esta diafanidad del estilo de nuestro beneditino al publicista republicano español, que escribía con estas mismas virtudes, como el mismo Azorín ha hecho tantas veces notar. Morayta, en cambio, muy certeramente, elogia la eficacia didáctica de su prosa, de la que luego volveremos a hablar. Los extranjeros lo apreciaban así también: la limpieza expresiva de un escritor la juzgan quizá mejor que los de dentro los de fuera. Laborde, por ejemplo (51) (tomo VI, 166), que era tan inteligente y que conocía de primera mano nuestros literatos, alaba «el estilo puro, simple, claro, metódico» del *Teatro*.

(1) *Cartas*, I-XXXIII, ya citada.

pretendan sujetar a los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento les obliga a esa servidumbre. Los hombres de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borradores y garabatos desperdician toda la tinta.» «¿Pureza de la lengua castellana? ¿Pureza? Antes se debería llamar pobreza, desnudez, miseria, sequedad.» A un hombre así no se le puede contestar con argumentos de dómine a lo Lafuente.

Además, como ocurre siempre con los rebeldes, el progreso humano anula pronto sus más agudas rebeldías; porque no hay rebeldía comparable con la del devenir imperturbable de la vida y de la ciencia, Y así vemos que la rebeldía de Feijóo no sólo ha dejado en gran parte de serlo, sino que lo que él mismo consideraba como desafueros intolerables en el lenguaje de los demás es hoy de uso corriente y vulgarísimo. Tal muchas de las palabras que sarcásticamente criticaba en el lenguaje del Padre Soto Marne, como «radiaciones», «esplendoroso», «incontestable», «presuntuoso», «pavoroso», «agitar», etc. (1), que ahora son del habla oficial y popular.

A mí, como espectador literario, me parece maravilloso el lenguaje de Feijóo (2). No me importan sus galicismos,

(1) *Justa Repulsa* (8), pág. XIII. El Padre Soto Marne escribía «con pésimo, gerundiano estilo» [Menéndez Pelayo (23), III, pág. 74]. Puede juzgarse por el título de su más famosa obra, que es así: *Florilegio sacro que en el celestial ameno frondoso Parnaso de la Iglesia riega (místicas flores) la Aganipe Sagrada, fuente de Gracia y Gloria de Cristo. Dividido en Discursos, Panegíricos, Anagógicos, Tropológicos y Alegóricos fundamentados en la Sagrada Escritura*. Esto mismo —nada raro, por lo demás, en aquella época— hace resaltar el mérito de la sencilla tersura del lenguaje de Feijóo, inmune milagrosamente al funesto ambiente. Con todo, Soto Marne, como ya hemos dicho, hubiera visto hoy incorporada a la corriente del lenguaje oficial y vulgar algunas de las voces de su pedantería. Lo mismo ha ocurrido con bastantes de las palabras que Mañer (52) ridiculizaba a Feijóo y han entrado ya en el uso vulgar.

(2) Me permito copiar aquí, por su profundidad, por su belleza o bien por su graciosa originalidad, algunas frases de Feijóo escogidas casi al azar entre las muchas que llenan su obra. Pi y Margall (28) hizo



sus ligerezas, sus provincianismos. No sólo no me importan, sino que me encantan sus innovaciones. Y añado que la inmensa mayoría de los libros famosos de aquel siglo y de buena parte del siguiente ya no los puede sufrir la sensibilidad actual; y en cambio, los escritos del monje de San Vicente corren sin sobresalto como en su cauce propio, por el gusto de hoy. Las modas cambian, pero a través de ellas hay obras humanas que tienen desde que nacen el sello inconfundible de la eternidad, y esto ocurre con las de

también una selección de algunas de sus bellezas literarias, creo que sin gran fortuna.

«El modo de dar paso seguro a la Justicia es desembarazar el camino a la verdad; y para esto no hay otro arbitrio que el castigar con severidad la mentira» (*Teatro*, III-XI, 38).

«Creo que si se castigasen dignamente todos los alguaciles y escribanos delincuentes, infinitas plumas y varas que hay en España, se convertirían en remos» (*Teatro*, III-XI, 46).

«Casi a un paso andan fugitivos de los ojos humanos la virtud y la maldad. Aquélla se oculta debajo del velo de la modestia; ésta se esconde tras del parapeto de la hipocresía. El vicioso pinta en el semblante la virtud; el virtuoso la despinta» (*Teatro*, III-XV, 1).

«La fermentación, solemne instrumento de la naturaleza para infinitas obras suyas» (*Teatro*, III-XIII, 79).

«No hay alimento tan bueno que sea bueno para todos ni le hay tan malo que no sea bueno para alguno» (*Teatro*, IV-III, 7).

«Dícese que Arquímedes hizo aquel estrago vibrando a las naves los rayos del sol unidos en el foco de un espejo» (*Teatro*, IV-VII, 61).

«Tres prestidigitadores peritísimos ejercieron su ilusoria sutileza» (*Teatro*, IV-XI, 42).

«He visto que algunos discretos, al notar la escasez de voces que padecen aun los idiomas más abundantes, se quejan de que faltan nombres para muchas cosas; pero nunca vi quejarse a nadie de que falten cosas para muchos nombres» (*Teatro*, V-II, 1).

«En nuestras historias se celebra el valor de una señora la cual, viéndose sitiada y amenazándola los enemigos que matarían a un hijo suyo que tenían prisionero si no se rendía, con desenfado más que varonil, señalando con cierto ademán la oficina de la generación, les dijo que allí tenía con qué hacer otros hijos si le matasen aquel» (*Teatro*, VI-X, 16).

«No falta (en aquel paisaje) la cristalina hermosura del agua corriente, completamente preciso de todo sitio agradable; pero que bien lejos de observar en su curso las mesuradas direcciones, despeños y resaltes con que se hacen jugar las ondas en los reales jardines, errante camina por donde

Feijóo. Varios de sus críticos señalan con desdén y como causa de sus incorrecciones, que escribía para el pueblo. Y en esto, justamente, está la razón de su jerarquía y de su permanencia. Las gentes cultas son como las flores, flores delicadas, de cada época de una civilización. Pero las flores pasan pronto y subsiste la tierra —el pueblo— inmutable, de donde nacen todas las especies y las generaciones de flores. Bien haya el que ama la tierra. Feijóo escribía, aunque no lo creyese (1), para la eternidad, y a la eternidad no

la casual abertura del terreno da paso al arroyo» (*Teatro*, VI-XII, 3).

«La ciencia es un tesoro que se debe expender con economía, no deramarse con prodigalidad. Es preciosa poseída, es ridícula ostentada; pero bien apurada la verdad, se hallará que nunca la poseen los que la ostentan. Sólo los que saben poco quieren mostrar en todas partes lo que saben» (*Teatro*, VII-X, 72).

«La descendencia de tales o tales insignes antiguos nunca es cierta; porque nunca es cierto ni puede serlo que de treinta tálamos que se cuentan en una serie genealógica ninguno haya padecido los insultos de alguna fecunda alevosía» (*Teatro*, VIII, Prólogo, pág. XIV).

«En el útero femenino está, sin duda, escondido el Proteo de las enfermedades» (*Teatro*, VIII, VI, 88).

«El cometa es una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo» (*Teatro*, I-X, 1). Esta frase era favorita de Feijóo; véanse *Cartas*: I-XXXIII, 19. Lafuente [(5), pág. XXXVII] la trata despectivamente, achacándola a influencia gongorina.

«Europa no tiene nobleza de más garbo que la francesa» (*Teatro*, II-IX, 13).

«Yo digo que quien quiere que los poetas sean muy cuerdos, quiere que no haya poetas» (*Teatro*, I-XV, 32).

«Un gran bien haría a los nobles quien acertase a separar la nobleza de la vanidad» (*Teatro*, IV-I, 1).

(1) En efecto, uno de los pasajes más desgraciados de Feijóo es, a no dudar, aquel que titula *Es vano y fútil el cuidado de la fama póstuma* (*Teatro*, VI-I, 118). «Ningún apetito más irracional cabe en el hombre —escribe— que aquel que se dirige a objeto del cual nunca puede gozar. Tal es el deseo de que su nombre sea glorioso en el mundo después de su muerte. Muerto el hombre, muere para él todo lo que queda por acá. ¿Qué importará que todo el orbe se deshaga en aclamaciones de sus prendas? El humo de ese incienso todo se lo lleva el aire, sin que a él le toque parte alguna.» Gran error del Padre Maestro, que su misma conducta hace resaltar. Si no nos importase la posteridad, ¿para qué nos había de importar el presente? Entonces sólo obraríamos por ese incienso que después ya no llega hasta nosotros: mezquina razón que no justificaría el más leve de nuestros pasos en la tierra. Cuanto hacemos con algún ímpetu

se llega por la senda de las minorías cultas, sino por la ancha vía pedregosa de la gran humanidad de cada momento histórico, que es igual a través de toda la historia humana.

Pero lo que en este libro quiero comentar del estilo de Feijóo no es su hermosura literaria, sino su envergadura didáctica y científica. En este sentido —como en otros—, quien más exactamente ha ilustrado la obra feijoniana ha sido Morayta. Este, al ponderar la eficacia de dicha obra, escribe: «Débese tan notable resultado a su profundo saber, al singular arte con que lo exponía y a sus notabilísimas dotes de escritor» (1). Es exacto. Un ejemplo irrefutable nos lo confirma: la mayoría de sus puntos de vista doctrinales, en lo que se refiere a su actitud experimental y particularmente a su crítica de las ideas y de la práctica médicas, fueron expuestas antes y a la vez que él por otros escritores, y entre ellos por hombre tan eminente como el Doctor Martín Martínez, catedrático, médico de los reyes, clínico de fama inigualada y escritor copioso y celebrado. Sin embargo, toda la eficacia de la nueva doctrina se debió en su tiempo y en el subsiguiente a Feijóo y no a Martín Martínez. Porque éste, aun cuando fué el más enérgico defensor de escribir los libros de ciencia en romance y no en latín para que alcanzasen la máxima vulgarización, poseía un estilo culterano, muchas veces enrevesado y pedante, que hoy hace enfadosa su lectura, en contraste con la vena clara de la literatura de su amigo el gran monje gallego.

Esta necesidad de hablar claramente a todos y de temas

no es precisamente por el incienso que nosotros hemos de percibir, sino por el que pueda quedar cuando hayamos muerto. Ni siquiera justifica el pensar así el hecho de no tener hijos: para quienes, los que los tenemos, quisiéramos labrar tantos cuarteles de gloria en torno de nuestro nombre y el de ellos. El afán de superar la propia vida en la propia obra, es, por el contrario, instinto tan natural en el hombre como el de perdurar en la especie por la descendencia. Tan natural y más excelso porque es el que nos distingue específicamente de los brutos; y esto lo mismo en el hombre genial que concibe una pirámide gigantesca que en el pobre esclavo que acarrea las piedras para construirla.

(1) Morayta (16), p. 219 y siguientes.

científicos hasta entonces no redactados en lengua castellana, explica en gran parte, como ya indicaba su biógrafo Campomanes (1), y como Morayta apunta también, la abundancia —que es necesidad— de sus extranjerismos. Esto mismo tenemos que hacer ahora los hombres de ciencia y singularmente los biólogos. Un psiquiatra moderno, por ejemplo, tiene que castellanizar necesariamente una multitud de germanismos sin los cuales tendría que renunciar a escribir en nuestra lengua.

Porque lo típico del lenguaje de Feijóo es que es un lenguaje esencialmente científico, en el cual, la única elegancia permitida es la claridad. Lenguaje de períodos breves, de expresiones exactas, de adjetivos estrictos y oportunos, de ausencia de metáforas, salvo las explicativas, y de continuo sacrificio ante la nitidez de la expresión, de todas las convenciones retóricas, entre ellas la repetición —de palabras, de conceptos—, sin la cual no se puede enseñar. Enseñar —no me cansaré de repetirlo— es sólo claridad e insistencia. Un lenguaje, en suma, que vista las ideas, como la malla que dibuja con precisión las formas que cubre y no como el miriñaque ampuloso que disimula y deforma el cuerpo que reviste. Por esto, los grandes estilistas científicos no necesitan preparación literaria; pero sí, en cambio, tener las ideas perfectamente limpias y ordenadas en la cabeza. Así ocurría con nuestro benedictino —no olvidemos que, como dice Azorín, Feijóo fué ante todo inteligencia—, y, por eso, nos explicamos que, educado en un mal ambiente literario y empezando a escribir a los cincuenta años, desde su primera página hasta la última, trazada con la mano casi parálitica, aparezca, entero y sin aprendizaje, el estilo, de insuperable nitidez.

No es, empero, del todo exacto, y nos conviene aclararlo, que su *Teatro* fuera su primera producción literaria, pues —aparte de documentos de menor cuantía— se sabe que Feijóo escribió bastantes poesías, buenas o malas, es lo de menos; pero lo recuerdo porque creo que el hábito poético es la mejor preparación para escribir des-

(1) Campomanes (53), p. XIV.

pués las cosas de ciencia, por lo común tan prosaicas, pero en las que el pensamiento encontraría su óptima envoltura literaria en una rima inverosímilmente flúida. Si los médicos pudiéramos describir nuestras enfermedades, como Virgilio describió la peste de las vacas y de los cerdos, es evidente que nuestra ciencia estaría, en cada caso, la mitad más cerca de todos los entendimientos.

En este sentido didáctico me atrevo a repetir que Feijóo es el creador, en castellano, del lenguaje científico; y yo no me canso de recomendar la lectura del *Teatro* y, más aún, de las *Cartas* a los jóvenes hombres de ciencia que por lo común no se mortifican lo bastante cuando cogen la pluma para escribir sus técnicas y observaciones. Si alguien dudase de lo que digo debe leer las descripciones de aparatos que nuestro polígrafo hace en varios pasajes de su obra; por ejemplo: la de la linterna mágica (1) —invención prodigiosa de aquellos tiempos—, o la de la máquina neumática (2). En nada se aprecia la buena calidad de una prosa científica como en el relato de los métodos y de los aparatos, y, si prevaleciese mi consejo, sería éste un ejercicio inexcusable en todos los concursos y oposiciones, en los que se molesta a los candidatos con tantas otras pruebas ridículas e inútiles.

IX. Y ahora debemos terminar. Esta *Introducción a las ideas biológicas* del Padre Feijóo nos permite fijar cómo fué su vocación, su preparación y su medio científico, que hacen del benedictino, no un mero curioso de la ciencia ni uno de tantos vapuleadores de la ignorancia de su tiempo, sino un espíritu investigador, nativo, no siempre disciplinado, pero resuelto y en ocasiones genial en la observación de lo que le rodeaba y en la intuición del futuro. Y esta eficacia la aplicó, sobre todo, a remover la vieja medicina dogmática y a preparar el ambiente de su patria para el advenimiento de una ciencia experimental.

En mi próximo libro estudiaré al detalle cuáles fueron sus doctrinas médicas y biológicas; cuáles sus aciertos ad-

(1) *Teatro*, III, II, 12 y 13.

(2) *Teatro*, V, IX, nota final.

mirables; cuáles, también, sus errores doctrinales; y, por fin, sus actuaciones, agudísimas y precursoras, como médico práctico, pues no sólo gustaba de teorizar sobre la ciencia hipocrática, sino que ejerció la Medicina con actividad y, por lo común, con harta más eficacia que los galenos de su tiempo. Básteme ahora recordar que mientras estos médicos, congestionados de pedantería, se entretenían en inútiles disputas seudocientíficas y seudoteológicas a la cabecera de los enfermos que, naturalmente, escuchándolos se morían, Feijóo, simple fraile, sostuvo la necesidad de abandonar las actitudes teóricas y de atenerse a la observación estricta y a la interpretación natural de los hechos. Sólo esto bastaría para hacerle inmortal en la historia de nuestro arte. Pero, además, está llena su obra de observaciones exactísimas y de clarividentes atisbos que merecen atenta consideración: tales sus ideas acerca del régimen alimenticio, que coinciden con la ciencia dietética actual; acerca de la técnica de la psiquiatría, que comprendió con prodigioso adelanto sobre las nociones de su época; acerca de la cirugía y las especialidades; acerca de la causa de las infecciones, etc., etc. Vió a lo lejos, pero con admirable claridad, los problemas, de actualidad palpitante hoy, de la endocrinología, de la herencia, de la capacidad biológica y social de la mujer, de la expresión de las emociones y tantos más. Pero todo ello requiere mayor espacio y atención, y la vuestra está harto fatigada.

He querido tan sólo en este discurso destacar las líneas generales de la personalidad científica del gran benedictino, proyectando su contorno luminoso sobre la sombra penosa del ambiente.

Caso típico de la influencia creadora del clima histórico, Feijóo fué el más genuino representante de la crítica enciclopedista del siglo XVIII; pero hay que decirlo firme y claramente: con completa independencia de la trayectoria del enciclopedismo francés; enciclopédico, pues, no de Francia ni de ninguna otra parte, sino *de la época* y de España; por espontánea generación y con todas las características ibéricas, entre ellas la ortodoxia más estricta. Los que ligeramente le comparan con Diderot y discuten su catolicismo,

desvirtúan su verdadera significación. Feijóo no tuvo nunca que «palparse el catolicismo», como Torres de Villarroel en sus momentos de duda, porque nunca dudó; ni nadie pudo dudar fundadamente de él. Si alguna vez ha despertado sospechas su actitud filosófica, ha sido mucho tiempo después de su muerte, por el pueril afán de los liberales del siglo XIX de incorporar al benedictino a las gentes de su bandería; o bien, por los propios católicos: estos católicos nuestros, fieles a su instintiva precaución contra todo lo que significa inteligencia viva y libre. Hombre universal y, a la vez, español por los cuatro costados, Feijóo se sentía incorporado al ansia renovadora de su siglo sin que se rompiese una sola de las raíces de su tradición nacional, incluso aquella que se hunde, allá en lo hondo, en los estratos oscuros de la superstición, contra la que tanto luchó, pero que a veces enviaba a su grande y abierto espíritu oleadas de savia confusa y pueril.

Ortega y Gasset dice (1) que en la historia de la cultura, el siglo XVIII, tan fecundo en otros países, ha sido escamoteado en el nuestro. Es posible que sea así, porque si hubo —que sí lo hubo— entre nosotros y en el orden cultural, un auténtico siglo XVIII —el que se condensó en los años que median entre Fernando VI y el Príncipe de la Paz—, es lo cierto que no descendía apenas desde las esferas oficiales y aristocráticas, para difundirse e infiltrarse en la gran masa de los españoles. España, tal vez, no se incorporó como nación al movimiento enciclopedista; que acaso fué en todas partes actitud de minorías selectas. Pero tuvo, como siempre, entre sus hombres, los grandes titanes aislados encargados de que no se rompiese la línea de continuidad de la civilización.

Ha sido nuestra patria eterno teatro de las individualidades geniales que soportan sobre sus espaldas la faena gigantesca de toda una generación. Entonces, como antes y como ahora, en los momentos graves, unos hombres erectos sobre la muchedumbre se encargan, no de dirigirla, sino de aliviarla por completo del esfuerzo y de la responsa-

(1) Ortega y Gasset (48).

bilidad. Por eso, entre nosotros, el héroe lo es siempre a costa de ser mártir. Y así fué Feijóo. Como un grande, dulce y socarrón San Cristóbal, supo pasar en alto, sobre el vacío de unos decenios de ignorancia, el tesoro de nuestro genio y de nuestra cultura; mientras los gozquecillos sempiternos de la envidia y de la incomprensión, le ladaban desde una y otra orilla.



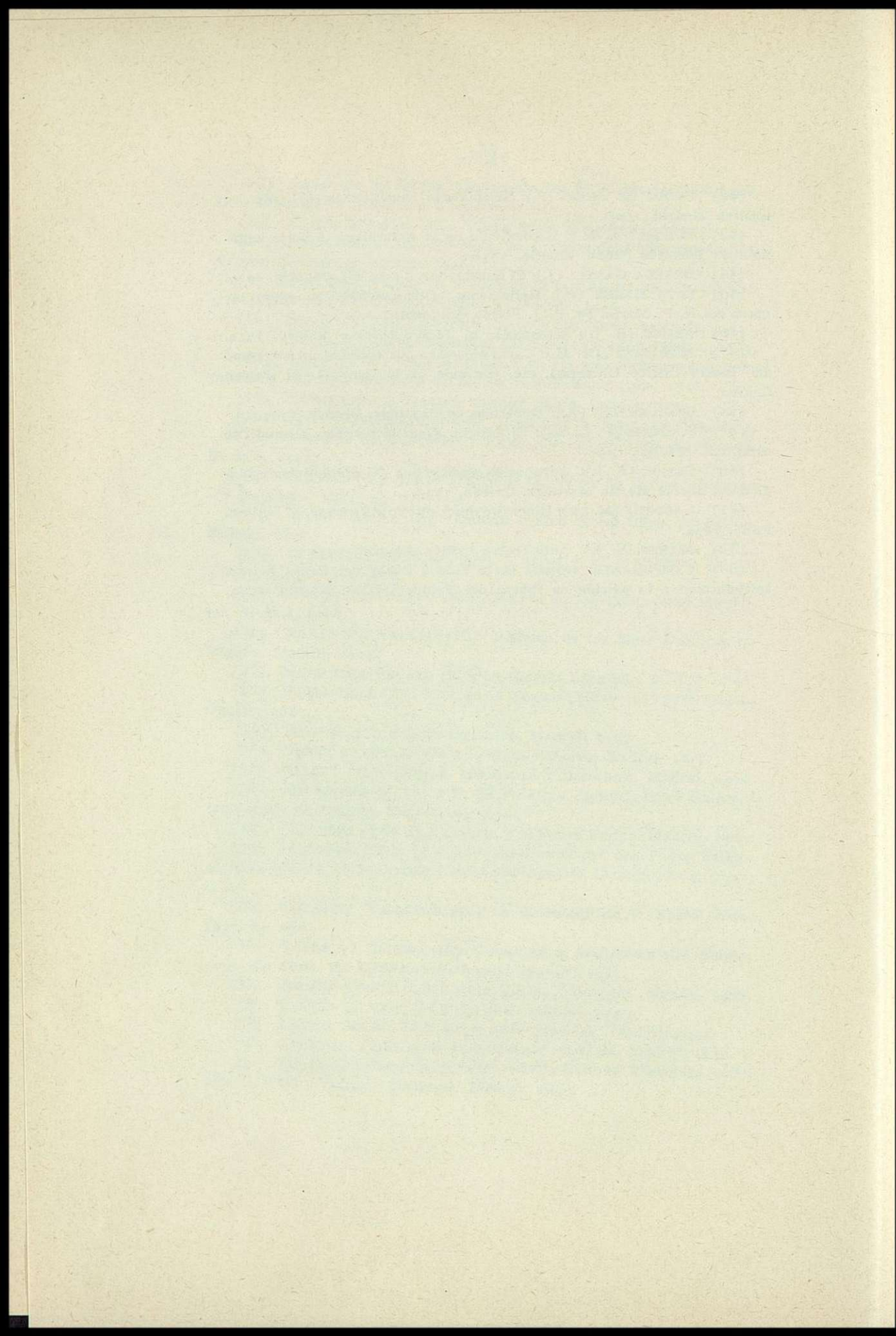
## BIBLIOGRAFÍA (\*)

- (1) COTARELO MORI (E.): Boletín de la Academia Española, 1932-95-46.
- (2) Aparte de los libros conocidos del M. de Figueroa, como novelista y ensayista, quisiera recordar aquí las admirables conferencias y discursos de divulgación histórica, menos difundidos, como: Las navegaciones oceánicas y la civilización peninsular, personificada en Magallanes (Unión Iberoamericana, 3 mayo 1921); De la Naturaleza: su sentimiento y comprensión. La Atlántida. (En el Congreso de la Asociación para el Progreso de las Ciencias, 17 junio 1925); Civilización hispanoamericana: su carácter; sus perspectivas (Unión Iberoamericana, 25 marzo 1927); Discurso en el Centenario de Camoens (Unión Iberoamericana, 1 marzo 1924), etc.
- (3) FEIJÓO (B. S.): Teatro Crítico Universal.—Las citas se refieren a la edición de Román, 1783.
- (4) SARMIENTO (P. M.): Demostración críticoapologética del Teatro Crítico Universal. Madrid, 1739.
- (5) LAFUENTE (V.): Preliminares a las Obras escogidas del Padre Feijóo. Biblioteca de Autores Españoles.
- (6) MURGUÍA (M.): Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro. En el Album Literario publicado por el *Heraldo Gallego*. Orense, 1876.
- (7) CASTRO (M. DE): Un monasterio gallego. Orense, 1912.
- (8) FEIJÓO (B. J.): Justa repulsa de inicuas acusaciones. Madrid, 1749.
- (9) CERNADAS (D. A.): Obras en prosa y verso del cura de Fruime. Madrid, 1780.
- (10) FEIJÓO (B. J.): Cartas Eruditas. Edición de Román. Madrid, 1774.
- (11) FEIJÓO (B. J.): Ilustración apologética al primero y segundo tomo del Teatro Crítico Universal. Madrid, 1729.

(\*) Se refiere esta nota bibliográfica a los autores citados en el texto; véase una bibliografía extensa, en nuestro libro *Las Ideas biológicas del Padre Feijóo*. Madrid, 1934.

- (12) Índice de las Obras manuscritas del P. F. Martín Sarmiento. Mss. 20381 de la Biblioteca Nacional.
- (13) Cartas literarias. Mss. 10579 de la Biblioteca Nacional.
- (14) FERNÁNDEZ ALONSO: Notas biográficas del Padre Feijóo. *La Región*. Orense, 17 octubre 1926.
- (15) MILLARES CARLO (A.): Prólogo a la Edición del Teatro Crítico Universal de Clásicos Castellanos. Madrid, 1923.
- (16) MORAYTA (M.): El Padre Feijóo y sus obras. Valencia, s. a.
- (17) CLARKE: Letters concerning the Spanish Nation. Londón, 1767.
- (18) URÍA (P. B.): Oración fúnebre en las solemnes exequias celebradas a la buena memoria del Padre Feijóo. Salamanca, 1746.
- (19) TOWNSEND: A Journey through Spain. Londón, 1701.
- (20) FORD (R.): Hand-Book for Travellers in Spain. Londón, 1815.
- (21) Retratos de Españoles ilustres, con un epítome de su vida. Madrid, 1791.
- (22) ARENAL (C.): Juicio crítico de las Obras de Feijóo. *Revista de España*, 1877, 55, 56 y 57.
- (23) PARDO BAZÁN (E.): Estudio crítico de las Obras de Feijóo. Madrid, 1877.
- (24) PARDO BAZÁN (E.): Feijóo y su siglo. En el volumen De mi Tierra. La Coruña, 1888.
- (25) MENÉNDEZ PELAYO (M.): Historia de los Heterodoxos españoles. Madrid, 1880.
- (26) MENÉNDEZ PELAYO (M.): Historia de las Ideas Estéticas en España. Madrid, 1904.
- (27) MENÉNDEZ PELAYO (M.): La Ciencia Española. Madrid, 1876.
- (28) PI MARGALL (F.): Prólogo al Teatro Crítico del Padre Feijóo. Oporto, 1887.
- (29) AZORÍN: Los valores literarios. Madrid, 1913.
- (30) PÉREZ DE AYALA (R.): Política y Toros. Madrid, 1918.
- (31) CASTRO (A.): Lengua, enseñanza y literatura. Madrid, 1924.
- (32) NAVASCUÉS (J. M. DE): El Folklore español. En: Folklore y costumbres de España. Barcelona, 1931.
- (33) MONTERO DÍAZ (J.): Galicia y el Padre Feijóo. Madrid, 1929.
- (34) MONTERO DÍAZ (J.): Las ideas estéticas del Padre Feijóo. *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, 1932, 4, 3.
- (35) COTARELO VALLEDOR (A.): A mocidade do P. Feixó. *Nos*, 1930, 81, 172.
- (36) CARBALLO CALERO (R.): Cómo via a Aristóteles o P. Feijóo. *Arg. do Sem. de Estudos Galegos*, 1930, 5, 237.
- (37) ARAÚJO COSTA (L.): Letras, damas y pinturas. Madrid, 1927.
- (38) CASTRO (C. DE): Vidas fértiles. Madrid, 1932.
- (39) GARCÍA MARTÍ (V.): De la zona atlántica. Madrid, 1934.
- (40) TICKNOR: Historia de la literatura española. Madrid, 1856.
- (41) MENÉNDEZ PELAYO, PEREDA, PÉREZ GALDÓS: Discursos leídos ante la Real Academia Española. Madrid, 1897.

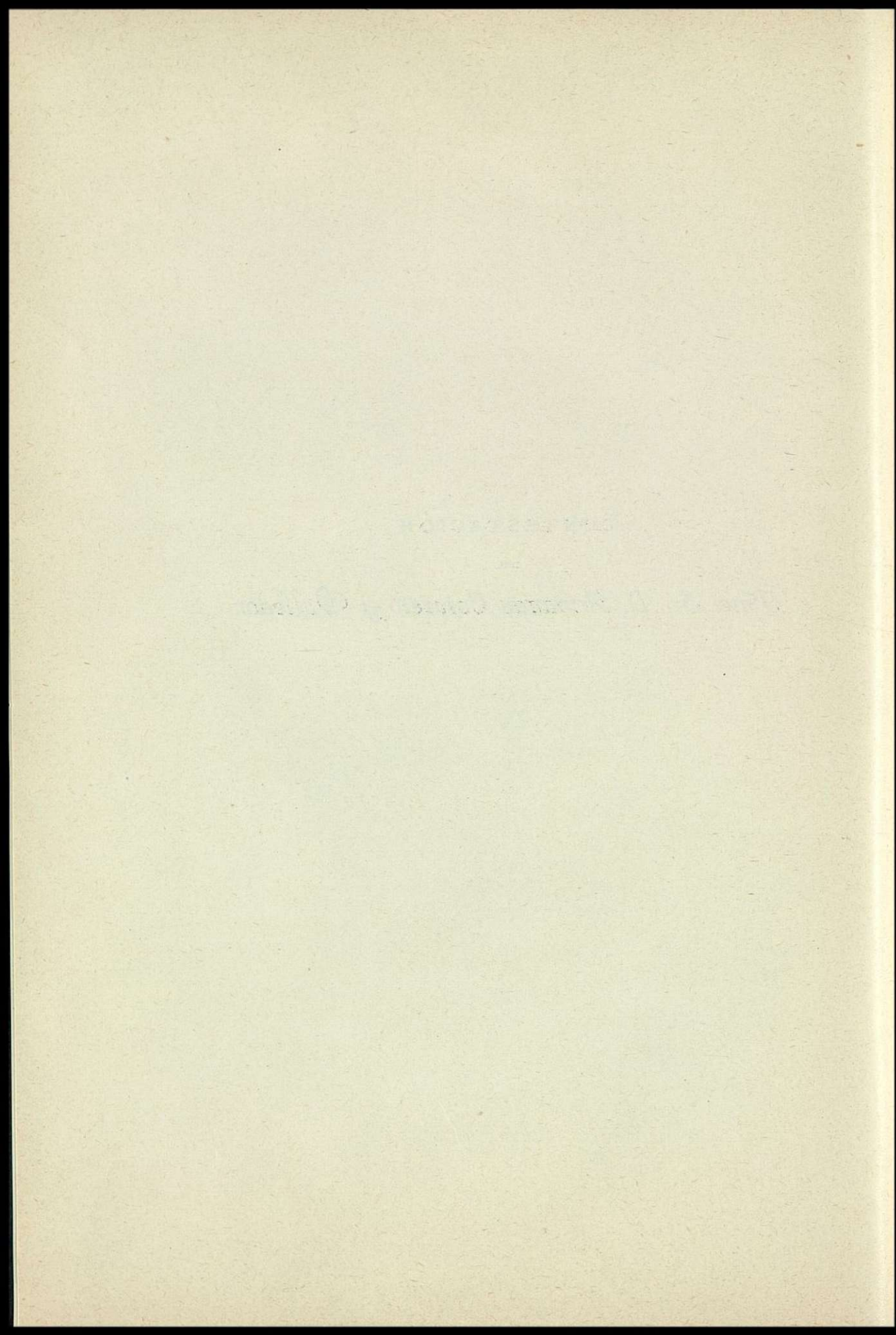
- (42) PÉREZ DE URBEL (P.): Semblanzas benedictinas.—II. Monjes ilustres. Madrid, 1926.
- (43) PLUCHE (A. M.): Espectáculo de la naturaleza. Edición española de Terreros Pando. Madrid, 1756.
- (44) ORTEGA GASSET (J.): El Espectador. Tomo VII. Madrid, 1929.
- (45) SOTO MARNE (P.): Reflexiones críticoapologéticas sobre las obras del R. P. Martín Fr. B. J. Feijóo. Salamanca, s. a.
- (46) FEIJÓO (B. J.): Suplemento al Teatro Crítico. Madrid, 1740.
- (47) MARTÍNEZ (Dr. M.): Carta defensiva que sobre el primer tomo del Teatro Crítico Universal, etc. (incluída en el tomo II del Teatro Crítico).
- (48) SPALLANZANI (A.): Opuscles de Physique. Genève, 1777.
- (49) FLANDES (P. L. DE): El antiguo académico contra el moderno escéptico. Madrid, 1742.
- (50) FEIJÓO (B. J.): Aprobación apologética del Escepticismo Médico del doctor Martín Martínez. Oviedo, 1725.
- (51) LABORDE (M. DE): Itineraire descriptif de l'Espagne, 3<sup>e</sup> édition. París, 1834.
- (52) MAÑER (S. J.): Anti-Teatro Crítico. Madrid, 1730.
- (53) CAMPOMANES: Noticia de la Vida y Obras del Padre Feijóo. Introducción a la edición de Ibarra del Teatro Crítico. Madrid, 1783.



CONTESTACIÓN

DEL

*Ilmo. Sr. D. Armando Cotarelo y Valsedor*



*Señores académicos:*

**T**ODO cuanto puede desearse con racionalidad, se puede conseguir sin dispendio del honor. Una índole despejada, acompañada de perspicacia y cordura, siempre halla camino por donde arribar al término que pretende, sin torcer la voluntad de lo honesto hacia el rodeo de lo dolo-oso... El desinterés y el amor de la justicia negocian el amor de muchos y la veneración de todos. Franquear con modesta osadía el corazón en todas aquellas materias que no fían a su custodia o el dictamen de la prudencia o la ley del sigilo, tiene, respecto de los sujetos con quienes se trata, un atractivo muy poderoso... De hecho estas almas transparentes, cuando a la claridad del genio se agrega la del discurso, son las que sin fatiga suben a la mayor altura. El teatro de la Naturaleza apunta en esta parte lo que pasa en el teatro de la Fortuna. Los cuerpos diáfanos y brillantes son los que ocupan lugares más elevados en la estructura del orbe.»

Estas notables palabras de Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro tienen adecuada aplicación en la solemnidad presente. He aquí que desde su altura llama a nuestras puertas una de las más brillantes personalidades de la Ciencia española. Por su desinterés, por su afán de verdad y de justicia negoció el amor de muchos con la veneración de todos, y franqueando de continuo los tesoros de su saber y los arrestos de su voluntad, alcanza mucho de lo que racionalmente puede desearse. A los resplandores del genio

agrega la claridad del discurso, y a través de actos y de libros, nos descubre la grandeza de su alma transparente.

Dicen los estéticos que la sublimidad estriba en la superabundancia de la esencia: un fondo que rompe los linderos de la forma; de donde se colige una forma que tolere columbrar el fondo. Lo grande, pródromo con frecuencia de la sublimidad, exige asimismo la translucidez formal. En este sentido son transparentes las almas grandes, porque necesariamente se exteriorizan. Pero el alma es fuerza, impulso, vitalidad, dinamismo, y el dinamismo quiescente, ni se concibe ni se compadece con la tropológica esencia de la vida; y siendo el fenómeno vital producto del dualismo psicofísico, síguese que al hervor del pensamiento acompaña el hervor de la actividad. Como la corriente nerviosa, —si acaso no es lo mismo—, que cuando se acumula con exceso exige la válvula de seguridad del movimiento.

El doctor don Gregorio Marañón es, ante todo y sobre todo, un espíritu dinámico y por serlo se destaca con tan acentuado relieve en la actualidad española. Apóstol del trabajo en sus escritos es, en su vida, ejemplo de trabajo. Su potencialidad arrolladora se diluye cada día en una labor titánica que, por continua y por intensa, hace pensar en las fuerzas naturales, y cuando alguna vez ha dicho que el máximo elogio de un hombre sea apelarle «gran trabajador», al decirlo estampó su propio ensalzamiento.

Trabajador, como dechado escolar en las aulas españolas; trabajador, sustentando la misma honra en las extranjeras; por varias veces trabajador glorioso en Ultramar, probando en embajadas intelectuales que la vieja madre no fallece, antes, como rugosa viña, sabe renovarse cada primavera en la lozana juventud de sus hijos. Trabajador en la cátedra y en la clínica, en la visita y en la consulta; trabajador en la ciudad, trabajador en el campo; trabajador, en fin, de tantas obras que nos damos a suponer si logrará parar el sol para que el día tenga más horas a su servicio. ¿Qué movimiento cultural, qué generoso propósito ha dejado de contarle entre los suyos? Pródigo de su persona, jamás supo escatimarla, hurtando al sueño y al solaz el descanso bien ganado, rindiendo hasta la abnegación, según



todos habéis visto. Aquel día de zozobras en que el ambiente político se obscurecía en una atónica oquedad ceñuda, Marañón, para ello requerido, va y viene, sube y baja, estrecha los afines, acerca los dispares, levanta los espíritus y, planeando sobre la troposfera de las tentaciones, logra la deseada concordancia, que otros plasmarán sin violencia, para regresar al cotidiano afán de la consulta, dueño y señor de sí mismo, sencillo y grande como un paladín de romancero.

Toda energía inmanente puede ser trascendental si el choque externo la sacude de su inercia; pero las energías psíquicas no precisan estímulo para derramarse. Existe una radiación espiritual, misteriosa pero cierta, semejante a la tendencia expansiva de los gases; algo como un efluvio que se expande de las personalidades fuertes y las aureolas de un ambiente captador. Hay, pues, un contagio de voluntades como hay un contagio emotivo, y no es otro el secreto de los caudillos y de los triunfadores. El dinamismo de Marañón es trascendente y por eso es Marañón caudillo: caudillo de almas, como lo son los grandes escritores.

Veintiséis volúmenes de considerable cuerpo —el primero escrito a los veinte años—, estudios y monografías contados por docenas, artículos que lo son por varios centenares, derramados en las revistas técnicas de España y fuera de ella, forman un acervo bibliográfico más que suficiente para enaltecer y acreditar de «gran trabajador» a quien contase doblada edad de la que cuenta el nuevo académico. Y tan prodigiosa como el número es la variedad de los asuntos, descollando los ensayos sobre los problemas psicofísicos de la emoción y las importantes contribuciones al edificio de la endocrinología, que edificio es ya y muy grande, merced principalmente a los materiales por él acarreados.

No osaré yo penetrar en el fructuoso huerto de los escritos profesionales del doctor Marañón. Valorados están por las más altas autoridades de las ciencias médicas, muchos corren traducidos a otros idiomas y sobre ellos descendió el máximo galardón de la Academia de Medicina acogiendo al autor en su seno, hace ya más de diez años. Pero, a sombra de bardas, diré, sin embargo, que en todos, desde el

primero, se destaca la original personalidad que los produjo, esta fuerte personalidad que es, como la sombra corpórea de nuestro neófito, consubstancial y perpetua, que tan honda huella deja siempre de su paso y una de cuyas características le inclina a ensanchar los asuntos, aun las más concretas especialidades, infundiéndoles un soplo de generalidad, como la lente convexa recoge en sí los rayos dispersos y desiguales, para transformarlos en el misterio de su entraña y proyectarlos al exterior en una imagen irisada y engrandecida.

Semejante inclinación a las generalizaciones filosóficas, propia de los altos pensadores, condújole a discurrir sobre aquellas ramas que, sin desgajarse del árbol de la Medicina, tienden su fronda sobre los campos de la Psicología, de la Sociología y de la Ética. Temas modernos, temas nuevos, por mejor decir, pues aunque de hecho sean tan viejos como el hombre, no fueron todavía muy estudiados y casi vírgenes estaban, hasta él, en nuestra patria. Cábele a Marañón la gloria de haber suscitado en ella el interés por los problemas de la afectividad sexual, presentándolos valerosamente en su desnudez técnica y objetiva. El amor como ciencia o la ciencia del amor, desde el amor que aun no es amor, instintiva atracción del sexo no desenredada de la querencia del bruto, hasta el amor que ya no es amor, idealismo metafísico que por su delgada sutilidad revierte en las negruras frenopáticas. Visión biológica del amor, tratado exclusivamente por la vía literaria desde antaño; pero que como pasión y facultad humanas puede ser objeto del análisis científico, y aun más que otras debe serlo, dado el imperante señorío con que causa, rige, sostiene, tiraniza y recompensa la vida.

De aquí una serie de libros que corren de mano en mano leídos con avidez y cuya valía acreditan sus repetidas ediciones. Ellos granjearon al autor triunfante popularidad harto extraordinaria en los productos de la ciencia, y ellos —no hay que decirlo— le concitaron también oposición hostil y no pocas censuras. Que tal es el precio en que la rutina consiente ceder paso a lo nuevo, y por eterna condición, la luz engendra sombra. Ni que decir hay tampoco cómo, pues

hasta lo excelso bastardea en manos aviesas o imperitas, ellos provocaron una baja literatura parasitaria, corrompida y corruptora, en grave daño de la límpida investigación fisiológica. Tan cínicos mercantilistas justifican las alarmas de hombres de buena fe y aun los pudores farisáicos de quienes, acaso sin leerle ni escucharle, anatematizaron a Marañón, confundiendo lo uno con lo otro. Pero ya se sosiegan las olas, ya la palabra eugenesia no asusta a nadie, pues al fin la verdad se impone, sean cualesquiera los obstáculos amontonados para impedirlo. Lo maravilloso en este caso es la rapidez de la victoria; poco más de un lustro ha transcurrido. ¡Qué turbulencia ayer, y hoy qué sosiego!

La facultad que ejerce, los estudios que profesa y, sobre todo, cierta agudeza natural a pocos concedida, dotan a nuestro colega de certera perspicacia para bucear en el arcano espiritual de los hombres. Salpicadas están sus obras de atisbos de esta índole culminados en el estudio biológico de Enrique IV, especie de psicología paleontológica, más audaz que la paleontología misma, pues huérfana del testimonio de los fósiles ha de suplirlos con descripciones siempre incompletas y sospechosas. Reconstrucción ardua, en que la sagacidad y la prudencia deben llegar a lo máximo. Pero es patrimonio del genio la intuición de la verdad y la virtud de rastrearla por indicios mudos a las medianías. Con este faro interior compuso Marañón aquellas páginas plenas de agudeza y con ellas un modelo en este orden de investigaciones tan escasas entre nosotros; mas que indisputablemente deben acrecerse saliendo, en lo posible, del exclusivismo espiritualista de la historiografía clásica, pues los héroes fueron hombres y su vida humanidad, y humanidad son virtudes y miserias, lacras y excelencias, vuelos y caídas, barro y luz, y jamás podrá discretarse por entero la trama del pasado si no se hace cuenta, mucha cuenta, del barro zoológico de los actores.

No es solamente en los libros del nuevo académico donde la lozanía de su originalidad sobresale; destella también en artículos, discursos y conferencias, que es blasón de su pensar hundirse y reforzarse en la meditación propia mucho

más que en el lejano riego de lecturas ajenas. Sirva este ejemplo. Discurre una vez sobre el deber y plantea el conflicto entre el deber y el derecho, proclamando denodadamente la precisión de recortar nuestros derechos prolijos y fomentar en cambio la intensidad de nuestros olvidados deberes; no de los deberes extrínsecos o normativos, deberes de colectividad que se nos imponen, sino de aquellos más nobles deberes, los deberes individuales, nacidos de nuestra propia excelencia moral y que, como hijos nuestros, deben guiarnos bajo la dulce presión de las manos filiales; deberes voluntarios, en suma. Voces de esperanza, visiones confortadoras de un cercano porvenir vibran en este escrito, exaltando el pudor, santificando la maternidad, condenando la holganza, templando la natural rebeldía de los jóvenes, propugnando, en fin, una autodisciplina individual, cuyo cimiento está en la vocación del trabajo y en la cristiana aceptación del sufrimiento, crisol que depura y fortalece. ¡Con qué fruición se leen tan generosas palabras y con qué acierto el doctor Marañón las dirige a la juventud española que tanto lee sus libros! Ellas sonríen como un claror de alborada sobre la mengua de espiritualidad en que vivimos.

Biólogo, fisiólogo, patólogo, internista, terapeuta independiente en la clínica, agudo investigador en el laboratorio, sintetizador en el libro, psicólogo en la monografía, sociólogo en el ensayo y filósofo siempre, todavía alcanza el recipiendario otra excelencia: el arte de escritor, particularmente grato en esta casa. Aquel estilo natural que sin rebuscos ni alharacas, sin giros efectistas ni recóndito vocabulario —ni siquiera los tecnicismos, tan caros a sus colegas—, llana y dulcemente nos cautiva con la difícil facilidad de lo que está bien hecho y la plástica sencillez de las obras grandes. Es el manso fluir de la onda transparente que trasluce por sí misma las pintadas guijas del lecho, pero que también sabe chispear con la expresión adecuada, remansar en la descripción feliz y quebrarse al paso de la comparación elocuente, surgida desde el fondo, como la flor de la valisneria sube a la superficie en el tiempo sazonado de sus bodas.

Hay en la placiente mitología infantil, la de hadas y de

endriagos, un héroe de conseja, símbolo de curiosidad y hechizamiento: el doncel, ante quien rueda y rueda una misteriosa manzana de oro. Síguela el doncel embebecido por la magia de la continua carrera, y pasan desiertos y vergeles, arroyos y praderas, y la manzana corre siempre, y el doncel corre detrás, bajando valles y trepando montes hasta llegar, sin notarlo, al hermético castillo donde se cumple la decisiva aventura. Marañón posee la manzana de oro. Con el halago del decir y la técnica sabia de una gradación ascendente, nos embarga y nos embruja, arrastrándonos por el apacible sendero del discurso hasta emboscarnos en la selva de sus especulaciones trascendentes. Siguiendo vamos el rodar de la idea que a veces, en el libro sobre Amiel, verbigracia, es como un duende saltarín que se complace en jugar con la tenacidad persecutoria; va y vuelve, reptar y vuela, culebrea, se repliega sobre sí misma; ya se diluye, ya se condensa; un punto parece escabullirse para restallar más vigorosa, y en cada escaqueo acusa una modalidad diversa, un matiz nuevo, pero aclaratorio y concordante siempre. Y así, en plenitud de maestría, seguramente espontánea, acaece la aventura de finar el libro; pero el arrobo continúa y el lector prosigue meditando, y hay como una póstuma continuación del libro sin el libro, que tanto puede el encanto de estas páginas falaces en su sencillez aparente. ¡Captación gloriosa del lector, ideal de cuantos escriben y han escrito, siquiera de tan pocos sea lograda!

Por ello pueden aplicarse a nuestro compañero las palabras que, hablando del P. Feijóo, escribía Fr. Antonio Sarmiento de Sotomayor, adelante ilustre obispo mindoniense: «Lo que más celebro en el estilo es aquel corriente natural y sin tropiezo con que se encuentra dicho, y dicho con el modo más hermoso, todo cuanto quiere. No va a buscar la pluma las frases; ellas parece que vienen a buscar la pluma.» Y en esto quiero sospechar radique la simpatía de Marañón hacia el fraile gallego. No tan sólo en que Feijóo haya sido un médico en potencia, sino, además, en numerosas concordancias de actividad, de pensamiento y de forma. Fué el P. Feijóo otra alma transparente y un

«ciudadano libre en la república de las letras»; fué renovador y caudillo intelectual de muchedumbres, espíritu ávido, lector voraz, meditador profundo y trabajador infatigable. Amó ardientemente la verdad, y ni vaciló en inquirirla con afán ni en sustentarla valeroso, sin curarse de la rutina con que chocar pudiera; luchó y sufrió por ella, y tuvo la mansa pero imperturbable serenidad de su propia consecuencia. Tal en el ruidoso pleito de las flores de San Luis del Monte. No faltó nada. Amonestación de superiores, conmiseración de amistades, impresión de libelos, burlas y sarcasmos, y hasta cantaletas bajo los balcones. Mas el humilde fraile, puesto el corazón en Dios y en la verdad la confianza, lo soportó todo; y la verdad vino para compensar las amarguras. A éstas y a otras debe cierta tonalidad solemne, cierta *sofrosine* al pensar y al escribir que le eleva a la región de lo selecto y, ungiéndole con su virtud, hace más eficaz su magisterio.

Porque, sea cualesquiera el valor actual y retrospectivo que concedamos a sus obras, nadie restará a Feijóo el lauro de maestro, gran maestro de generaciones y comarcas. Echada está la cuenta, aunque por alto. Dieciséis ediciones, al promedio de mil quinientos ejemplares —y de algunas consta mayor tirada—, de los catorce tomos que abarcan sus escritos, arrojan muy cerca de medio millón de volúmenes, sobre maravillosa prolijidad de materias. Añádanse todavía las demostraciones y las réplicas, las defensas y los comentarios, y reflexionemos cuánto significa para la cultura nacional semejante catarata de libros esparciéndose por España en el espacio de sesenta años. Jamás logró verse difusión parecida de otro escritor alguno. Corre como válida la especie de que la nueva y suntuosa fachada del viejo cenobio de Samos, a quien el polígrafo legó la propiedad de sus obras, pudo erigirse con el producto de la primera impresión póstuma de ellas. En mis andanzas por el país gallego gocé muchas veces la emoción de penetrar en olvidados pazos campestres; allí, en el aposento de los libros, que nunca falta, antes les es típico como el palomar del huerto y el ciprés o el pino piñonero del jardín, nunca faltan tampoco los volúmenes del *Teatro*

*Critico* y de las *Cartas eruditas*, con su prestante encuadernación membranácea, al lado de los donaires de Quevedo, la historia de Mariana y las poesías de Solís; ocultando, quizá, algún descabalado escrito del filósofo de Ginebra y aun del solitario de Farney, que el buen hidalgo dieciocheno leía a hurtadillas las tardes en que la lluvia le vedaba la caza. Lecturas que no le obstaron alistarse —timbre suyo— en las guerrillas de Cachamuña y de Colombo, de los abades del Couto y Valladares, o en las alarmas de Lobeira y de Fragoso, al sonar los días sangrientos de la «francesada».

Suspende y maravilla el casi instantáneo resurgir de las ciencias en la segunda mitad del siglo xviii. Atribuída va la gloria a aquellos monarcas cuya mano pudo besar Feijóo y que, anodinos en sí propios, tuvieron la gran virtud de descubrir excelentes ministros y la no menor de saber conservarlos; pero ¿es que bastan, acaso, las disposiciones de gobierno para transformar la cultura? ¡Ojalá sólo de ello dependiese! Mas es bien cierto que se precisa añadir la colaboración de la masa pública, la cual, desgraciadamente, no puede improvisarse: una hospitalaria atmósfera lograda tras honda labor de roturación y de conreo para que la semilla del legislador halle en punto la tierra. Esta fué la tarea que los escritos del P. Feijóo realizaron.

Sin que debamos olvidar otra virtualidad no menos efectiva: la remoción de la apatía, el sacudimiento de las conciencias, abriendo ante ellas horizontes nuevos, estimulando el ansia de saber y espoleando los ingenios con el acicate de la lucha. Siglo de polémicas el siglo xviii, ninguna tan vasta, ni tan reñida, ni tan duradera como las que hirvieron en torno de Feijóo, desde su defensión de la *Medicina escéptica*, de Martín Martínez, hasta aquella cédula de Fernando VI prohibiendo impugnar al benedictino. Extraordinario, ¡*quos ego!*..., duramente censurado y que, no obstante, los hechos impusieron, pues la polémica degeneraba en greguería, y la discusión, nunca serena, bastardeábase en grosera disputa. «Un barbero de esta ciudad, y mal barbero —plañe el P. Maestro—, estuvo para escribir contra mí en defensa de la Medicina, y se

hubiera salido con ello si tuviese con qué costear la impresión.»

Pues ésta fué la más reñida de las contiendas. Y no porque Feijóo tratase peor a la Medicina de lo que trató la Física o la Filosofía, por ejemplo, sino porque de Medicina escribió con mayor copia, y los médicos, menos sufridos, «desahogaron la cólera, sin mejorar la causa». Los falsos médicos, claro es, aquellos ciegamente aferrados a los textos hipocráticos, canonizados como única y suficiente doctrina; los que se escandalizaban a la menor duda y, despeñándose por la pendiente de un teorismo cada vez más exagerado, cayeron en el absurdo de pretender la curación sin acercarse al lecho del enfermo.

Contra ellos tronó justamente nuestro fraile —y no fué solo—, como tronó contra cien prácticas sin fundamento racional: el abuso de purgas y sangrías —las dos piernas de la Medicina—, verbigracia, y contra —aquí fué el rasgar las vestiduras— «el aforismo exterminador» —52 del segundo libro—, «de quien si dijese —escribe— que quitó la vida a más de cien millones de hombres, aún quedará muy corto». Siguiendo el criterio de su amigo el doctor Martínez, que a su vez seguía el de otros antecesores, propugna un templado escepticismo de los preceptos y aconseja sin cesar el apoyo de la observación y de la experiencia.

Tales son, en suma, las injurias infligidas por Feijóo a la clase médica y tales los postulados sobre que descansa su reforma. Es la misma posición frente a otras disciplinas asimismo necesitadas de tan prudentes consejos, ya que a muchas extendió la inquietud de sus afanes y en todas supo dejar la impronta de su garra. Sobre ellas discurrió eruditamente con el riguroso método y la precisión expositiva de inflexible dialéctico, desdeñador de los lambrequines retóricos.

Por eso no fué ni orador ni poeta, si bien en algún vagar haya borrajado versos y los apologistas coetáneos insistan en éxitos de púlpito. Su único sermón conocido es casi deplorable, empero de haberse predicado en festividad solemnísima: aquella en que un prelado incomprensivo des hizo y modernizó, lamentablemente, la veneranda Capilla



del Rey Casto, antiguo panteón de los monarcas asturianos. Lo cual va lejos de negar al P. Feijóo la elocuencia o las galas de escritor conspicuo, cuando así lo quiere, a pesar de los lunares y descuidos que por ordinaria dejadez no siempre corrige. Véase la primorosa disertación *Virtud y vicio*, o el soberbio discurso *Balanza de Astrea*, el cual, por la nobleza del tono y las gallardías del estilo, puede incluirse en la más exigente antología del bien hablar castellano.

No ha de mirársele solamente como incansable batallador contra errores comunes y preocupaciones vulgares, romántico desfacedor de entuertos de pensamiento, no; es un gigante que remueve toda la máquina del saber, como el ángel removía el agua de la piscina para tornarla saludable; un cíclope que, derrocando montañas mal seguras, las hace escalones para trepar a la cumbre en demanda del sagrado fuego de la verdad redentora. Filósofo, teólogo, escriturario por dignidad y por oficio, salva el círculo de las sagradas ciencias y se engolfa audaz en las físicas y naturales, caro recreo de su talento; la pasión por la lectura le franquea el ornato de la historia y las humanidades, y auxiliado por una memoria portentosa, puede decirse que ninguna disciplina de su tiempo le fué extraña, y así resplandece ingente, doblemente grande por su genio y sus virtudes.

Cuando se contempla el retrato del P. Feijóo, sorprende el contraste entre sus ojos y sus labios. Ojos vivos, pesquisidores, iluminados por interrogación callada; labios finos, sonrientes, con sonrisa eterna que, más allá de la muerte, florece todavía en la mascarilla conservada en nuestra Academia. Los ojos son su alma, siempre alerta; los labios su corazón, nido de bondades. Primogénito de una familia hidalga, cuyo pazo solariego persevera en Casdemiro, renunció el mayorazgo en Plácido, su hermano, para pedir, adolescente, la monacal cogulla. Ni un solo instante se entibió su vocación de niño y, ejemplar de religiosos, vivió casi ochenta y ocho años como un santo. Su vida, al borde de la vida, se resume en una trilogía excelsa: orar, aprender, enseñar. Más de medio siglo encerrado en

la celda de San Vicente, no quiso nunca abandonarla, ni por las ventajas ofrecidas en los conventos de la corte ni por el brillo de la mitra que en Indias le brindaba la mano regia.

Amó a Asturias como a segunda patria, sin olvidar por eso la nativa. Correspondíase con sus familiares, a quienes quiso entrañablemente, con deudos y con amigos; recordaba con placer los días de infancia pasados en la tierra gallega; retenía vivaz el recuerdo de gentes y lugares; placíale leer la historia de Galicia, cuyo elogio redactó varias veces, y gustaba conferir en lenguaje materno cuando el azar le deparaba algún coterráneo, título bastante a conquistarle. Y como, según él mismo, sea «fácil equivocarse la cualidad de vecino con la de paisano», mostró cariñosa inclinación a Portugal, donde sus obras gozaron alta estima y donde Faro Vasconcellos compuso un índice general de ellas y el conde de Ericeira se aplicó a ilustrarlas con demostración prolija.

Alto, pulcro, delgado, austero sin melindre, humilde sin bajeza, elegante de porte y cortés de maneras, noble de espíritu y de sangre, cautivaba a todos con la nativa aristocracia que no podía encubrir el sayal voluntario. Gastaba escaso tiempo en la comida, y aunque solía decir, con Celso, *Nullum cibi genus fugere, quod populus utatur*, prefería las frutas y verduras, siendo goloso de la leche, y —hombre de su tiempo— tomaba rapé y adoraba el chocolate. Ni rehuía la afable civilidad ni el comercio de las amistades, si bien prefiriese el cotidiano paseo por las afueras pintorescas de la Ciudad de los obispos y el trato de los libros, numerosos en su celda.

Reuníase en ella tertulia vespertina, verdadera academia, donde todos eran acogidos y donde habitualmente concurrían frailes, canónigos, hidalgos, médicos, militares, magistrados, para departir sobre variedad de asuntos, mientras el silencioso *orbayu* toldaba el ambiente y humedecía las calles. Y allí, retenido con frecuencia por las quiebras de una salud precaria, la voz insinuadora y el platicar urbano de Feijóo instruía y recreaba con la vena de su erudición inagotable y las prontitudes de su ingenio. «Me ofende

la continuada y aun escandalosa chocarrería de Marcial; pero tampoco me agrada la inalterable seriedad de Catón», escribe, y así su carácter era alegre, gustoso de la chanza, y aun algo socarrón, como gallego.

Tornaba el P. Maestro de su paseo aquella tarde y cansino subía la cuesta del convento. Al cruzar ante la iglesia —donde hoy yacen sus despojos—, insólitos rumores y voces desabridas le detuvieron. Curioso y silente penetró en el templo. Sobre las losas grises, una pobre mujer, lívida, desgreñada, congojosa, se retorció convulsa, barbotando alaridos y espumajos. De pie, el fraile exorcizador, hisopo en mano, imprecaba a grandes voces al espíritu maligno. Cuanto más arreciaban los conjuros, más la infeliz aullaba y debatía. Entonces avanzó Feijóo, mostrando el puño cerrado a la posesa y conjurándola a su vez por la ncontrastable virtud de una especial reliquia. Al punto cesaron los espasmos, y la mujer sonrió desposeída. El P. Maestro abrió la mano y descubrió el milagroso amuleto: era su reloj de bolsillo. Siglo XVIII.

Y siglo XIX, y siglo XX. Del XIX corre impresa una enciclopedia de exorcismos, ordenados en categorías, con ritos y ceremonias, para eximirse de desventuras y dolencias y expeler toda casta de huéspedes incómodos, desde moscas y ratones hasta íncubos y súcubos. Anualmente se celebran en tierra de Feijóo las famosas romerías del Corpiño, San Campio y San Andrés de Teixido, amén de otras menos concurridas, y la práctica de leer «los Evangelios» es común en más de media España.

Por la ternura de su corazón compadecía el P. Feijóo la suerte de las bestias, sobre cuya inteligencia dictó páginas inmortales, y vaciaba entre los menesterosos su exiguo peculio de fraile, no vacilando en contraer deudas ni en empeñar al monasterio, que regía por vez tercera, para aliviar, de su parte, las terribles hambres del invierno de 1741.

Por ecuanimidad de su genio replicó mesurado a los impugnadores, no siempre dignos de templanza, y se retiró presto de la pelea, rehusando responder a más «papelones». Sólo una vez quebrantó la moderación empujado por el resorte de la injuria, conteniendo con Mañer, grafómano

asalariado, y con Soto y Marne, procaz y rábula. Cual losa plúmbea pesa sobre el primero la calificación de «alimaña» que le fulminó Jorge Pitillas, y el otro continúa en la picota del *Fray Gerundio*, donde con inmortalidad burlesca le encorrozó el saladísimo P. Isla.

Por temple de su alma, ni le turbaron los éxitos ni le desvanecieron los aplausos de reyes y pontífices, de magnates y cardenales, de corporaciones y de sabios, ni aun cuando, al decir del P. Flórez, vióse «avecindado y con tan noble plaza en la república literaria, siendo miembro tan principal de la academia de las ciencias, teniendo una capilla tan famosa como la que en el templo de la fama ha erigido su nombre, y hallándose no sólo héroe, sino jefe en el teatro de escritores originales y eruditos»; antes, más humilde cuanto más ensalzado, fué reconcentrándose en sí mismo, como esas delicadas flores nocturninas que más se repliegan cuanto más luz el sol arroja sobre ellas.

Hipócrates en Medicina, Aristóteles en Filosofía, son el tormento de Feijóo, no porque desconociese el valer de tan insignes pensadores, sino porque, dada la ciega adhesión de sus parciales, constituían obstáculo infranqueable a la renovación y al progreso. Espíritu sutil de cepa galiciana, inclinado a cierto desconfiar preventivo, siente anhelos de comprobación universal, de la crítica de las afirmaciones recibidas, de la revisión de las teorías, de la reconstrucción de las hipótesis. Educado en tiempos dogmáticos, cuando la ciencia, de espaldas a la realidad, se desleía en estériles logomaquias, rebélase contra la vacuidad imperante y busca el camino carretero de la verdad objetiva, que su razón le anuncia en la misma objetividad, en la realidad exterior al raciocinio, proclamando la inducción por método natural de la sabiduría humana. Subir de lo particular a lo general, hacedero es a los hombres; descender de lo general a lo particular, es vía regia que sólo por la revelación puede transitarse. Y esto, hoy tan obvio, costóle no pocos ataques y contiendas y, al fin, hubo de fenecer sin contemplarlo universalmente admitido.

«El gran magisterio de la experiencia» será para Feijóo el único magisterio, y la observación continuada, el análi-

sis detenido, la inferencia lógica y la comparación mensurable, esto es, el gran libro de la Naturaleza siempre abierto, los arcaduces y las acequeias capaces de ministrarnos las aguas cristalinas que apaguen nuestra sed. «En materias físicas —escribe—, desconfiemos del raciocinio, que no tiene por fiadora la experiencia.»

¿Cómo hombre de tan honrada seriedad científica podría quietarse en el peripatetismo de las aulas, reducido, según él, al siguiente *flatus vocis*? «Si se pregunta por qué calienta el fuego, se responde que porque tiene virtud o cualidad calefactiva. Si se pregunta por qué tiene esa calidad, se responde que porque lo pide su esencia. Si se pregunta más, qué es la esencia del fuego, eso no se sabe. Y si se responde algo, será con un círculo vicioso, diciendo que es una esencia que radica o pide la virtud de calentar, quemar, etc.» Por eso, ve con simpatía a los cartesianos y a los gasendistas, sin que lograran atraerle, empero, de la justicia que les rinde y de la boga que los vientos transpirenaicos arremolinaban, por entonces, en torno de sus héroes, y por eso vuelve sus ojos sin temor a Francisco Bacon, hereje y todo, para calificarle de «incomparable inglés» y de «grande y sublime ingenio».

Desconocemos la actuación del Padre Feijóo en las cátedras ovetenses, regentadas por espacio de treinta años; mas no sería poco interesante averiguar cómo pudo habérselas en el conflicto de exponer al estagirita, ya directamente en sus obras, ya en materias que en ellas buscan apoyo o fundamento. «Caer para levantar, levantar para caer», dice en cierta ocasión, ser su suerte, y en otra reconoce que «es menester un ánimo heroico para contradecir a Aristóteles donde, sobre cualquiera que se le oponga, granizan al momento tempestades de injurias».

Tuvo el Padre Feijóo ese ánimo, y por sólo haberlo tenido merecería bien de la patria. Aire y luz demandaban las aulas españolas; aire para aventar el polvo de la vejez y el abandono, luz para ahuyentar los necróforos roedores del cuerpo de la enseñanza. Abrió el gran polígrafo las puertas y la luz y el aire comenzaron a penetrar en salutíferas oleadas, extranjerías, es cierto, mas, ¿de dónde po-

drían proceder en aquel tiempo? Motejar a Feijóo de extranjerismo es desconocer la realidad, la triste realidad, de los hechos. Para inquirir los avances de la Física, de la Astronomía, de la Historia Natural, de la Matemática, forzoso nos era entonces acudir a las *Memorias* de Trevoux, a los *Diccionarios* de Bayle y de Moreri, a la *Historia* de la Academia de París, al *Diario* de los sabios y otras compilaciones semejantes, profusamente citadas por el benedictino.

Mas no todo es forastero en él, ni mucho menos. Varios de dichos repertorios sólo le fueron conocidos al mediar, y aun al finar, el curso de su empresa. Española, netamente española, es su estirpe científica, como español es su genio y españoles los más sólidos cimientos de su preparación filosófica. Ni es insensible a la tradición nacional, ni le fué tan remota como se ha sustentado. Dos largos discursos destina a enumerar glorias de España; su elogio está desparrramado y palpita en el fondo de sus libros; para ella recabó la primacía de diversas invenciones; sin ambages ensalzó a muchos españoles, y español, español insigne, fué el gran maestro que tuvo mayor parte en la formación de su mentalidad y en la orientación de sus estudios: Juan Luis Vives, cuyos luminosos tratados *De corruptione artium* y *De tradentis disciplinis*, contienen como en célula las ideas que debía resucitar, desarrollar y completar, acomodándolas a su tiempo, el polígrafo gallego.

Dolorosa es la tragedia interior de este hombre. Nacido para la experimentación, no experimenta apenas; el tiempo y el medio se lo impiden, negándole, inclementes, los instrumentos y el espacio. Dotado como pocos de sagacidad observadora, reposa sedentario en el coro y en la cátedra. Mudanzas escolares en Orense y sus contornos, Samos, Lerez, Eslonza, Salamanca, Valladolid y Oviedo; breves excursiones por la tierra de Asturias, Cornellana, Obona, Avilés; tres viajes rápidos en que furtivamente se asoma a la Corte. Eso es todo. Sus experiencias son triviales: la llama que arde en la chimenea, la chocolatera que se calienta al fuego. No consentía otra cosa la vida conventual de entonces.

Pero su curiosidad, la noble curiosidad de saber, sostén de la ciencia, no se resigna y apela a mil subsidios suplementales. Recuerdos de niñez y juventud, vulgarismos de la jornada interminable en la mula de camino, comunicaciones amistosas, epístolas de corresponsales, interrogatorios de viajeros, conferencias con extranjeros adventicios: peregrinos, tal vez maleantes solapados, en viaje a Compostela, embaucadores moros y turcos, un flamenco vagabundo, un religioso armenio, un saltimbanqui italiano; la observación de cuanto acaecía en torno, para lo cual se hallaba de continuo vigilante: tormentas, rayos, aclipses, una aurora boreal; el examen de hechos salidos al paso: voracidad del buitre, temperatura de las aguas, hábitos de animales, condensación del vapor, violencia de las olas, etc., etc., que nada era baladí para él y de todo extraía provechosos documentos. ¡Qué no hubiera alcanzado si poseyese instrumental y laboratorio, como Bradley, Meyer, Lacaille, Piazzzi y otros hombres de Iglesia, sus contemporáneos!

Conoció de referencia varios aparatos científicos, elogió el barómetro y describió y hasta dibujó la máquina neumática, sin mostrar haberlos disfrutado; pero usó, y con entusiasmo, el termómetro, poco vulgar aún en nuestra tierra, y ¡poseyó un microscopio! Un ansiado microscopio, piélagos de ilusiones que manos amigas le aportaron un buen día. Fácil de imaginar la escena. El júbilo del sabio, la ansiedad en el desembalaje, el afán del primero y torpe ensayo, mientras los conductores, satisfechos y compasivos, sonreían. Tarde recibió Feijóo el artilugio y tan solo dos años se lo permitieron los achaques, por eso no se rastrea fruto alguno de sus lentes. Con todo, este microscopio es un símbolo; es el heraldo de los nuevos métodos, el paraninfo de la cultura del porvenir que ya, en raudo vuelo, se acercaba.

Noticia tan interesante, que hoy se incorpora a la biografía feijoniana, bastaría por sí sola a decorar el hermoso discurso con que su hallador acaba de saludarnos. Discurso apologético del gran polígrafo desdeñosamente enjuiciado por el siglo XIX. En él se oyó afirmar que debería erigírsele una estatua y quemar sus obras al pie de ella. Cuarenta y seis años cumple, la ciudad de Orense bullía en fiestas

para descubrir el trasunto de su provinciano. Holguémonos también ahora, no al resplandor siniestro de una hoguera absurda, sino al eco generoso de esta merecida alabanza. Y sea la exaltación de Fray Benito Jerónimo Feijóo el primer lauro obtenido dentro de la Academia Española por quien viene a ella en apogeo de entendimiento y en plenitud de actividades.

La unanimidad con que le elegisteis prueba harto claro la justicia del premio y las esperanzas que fundáis en el concurso de don Gregorio Marañón y Posadillo. Al tener el honor de recibirle, honor que considero doble, pues lo hago a la vez en nombre vuestro, acertaré mejor diciendo como un literato ilustre: «Que la obra de su madurez corresponda a la obra de sus verdes años.»



